

OSVALDO MAGNASCO



ODAS

DE

HORACIO



BUENOS AIRES

IMPRESA DE OBRAS, DE J. A. HERRA, BOLÍVAR 455

—
1893

BIBLIOTECA
RAFAEL ALBERTO ARRIETA

ODAS DE HORACIO



OSVALDO MAGNASCO



ODAS

DE

HORACIO



BUENOS AIRES

IMPRESA DE OBRAS, DE J. A. BERRA, BOLÍVAR 455

—

1893

ADVERTENCIA

La responsabilidad que esta publicación pudiera acarrear pertenece toda entera al distinguido escritor que ha querido amparar este SPECIMEN con su deferencia y con su nombre.

Estas traducciones dormían dispersas entre las páginas de mis clásicos predilectos. El señor Mariano de Vedia quiso un día exhumarlas. Hubo, como puede colegirse, una escena parecida á la de DON JUAN con el escultor—y, sea dicho en homenaje á la verdad, la LALAGE de mis versiones fué clandestinamente entregada á las columnas de TRIBUNA.

Yo tengo mucho respeto por la memoria y por las obras de los grandes poetas y ya he dicho que hay algo más que simple osadía en las tentativas de traducción. Lo he demostrado alguna vez, cuando un eminente hombre público argentino eligiera la COMMEDIA del de Florencia para campo de sus reposos intelectuales y de sus entretenimientos poéticos.

El fruto de la valiente labor de Mitre fué justicieramente criticado. Ahora, por voluntad de mi noble patrocinante, entro yo á la liza preconciente del destino que me aguarda.

Minos ceñirá su larga cola en torno de sí mismo E POI, GIÚ!—bien abajo! al círculo de los traidores, al círculo congelado del pobre Ugolino—que no es solo Mitre quien se ha metido en el INFIERNO!.....

Se volverán á encontrar Dante y Horacio allá en las apacibles soledades del campo de los poetas, en el simpático colegio de los inmortales, presididos siempre por Homero, aunque no ya destinados ó movidos por mandatos supremos sino por inspiraciones particulares de dos habitantes de la República Argentina.

No importa: al fin, yo voy bien asociado porque me voy con la honrosa compañía del General. Ahora, que Vedia se busque compañero para tan árduo viaje ya que nos tocará relevar al protagonista de Trueba, enderezándonos la crítica:
DE PATAS EN EL INFIERNO.

"Purus et insons causa fuit pater."

*Al santo culto de la memoria paterna que tanto
supo enaltecer Horacio.*

AL CAPITAN MAGNASCO

HORACIO



HORACIO

SUS ODAS

Le fond de ces petites pièces est également piquant dans toutes les langues.

LA HARPE—*Cours de Littérature.*

Hace algunos años que leyendo el testamento de Mecenas, me interesó vivamente la cláusula relativa al gran lírico latino: «*Augusto, acuérdate de Horacio como de mí mismo.*»

Me pregunté entonces si tan sólo sería un sentimiento de honda amistad lo que inducía á aquel ilustre varón á pedir para el poeta los altos favores del príncipe y después que hube verificado la lectura tan provechosa de sus obras y completado el estudio prolijo de una buena parte de ellas, me incliné á creer que el juicio contemporáneo sobre la ilustre personalidad del único lírico latino que haya llegado hasta nosotros, era si no del todo erróneo, al menos exajerado y por tanto en más de un concepto injusto.

No, ni Augusto ni Mecenas ni el poeta Varo ni aquel *optimus Virgilius* de las Églogas inmortales, podían haber erigido esa amistad inalterable y esa dulce intimidad *usque ad mortem* nada más que sobre la deleznable base de una mútua lisonja personal. Había algo más que la pasión del cariño recíproco—había algo más que la franca admiración por el talento genial del esclarecido poeta y ese algo no podía ser otra cosa que el fondo al fin bondadoso de Horacio por más que su carácter adoleciese de esa inimportante versatilidad tan común, no sólo en los hombres de genio, sinó en las organizaciones fundamentalmente buenas.

Yo no podía aceptar que aquel caballeresco patrono hiciese en los últimos instantes del trance supremo la desgraciada consagración de la alabanza palaciega y de la más rastrera adulación. No; el hijo de aquel oscuro pero virtuoso liberto de Venusia que llega á la más subline de las abnegaciones paternas para modelar el alma del que debía inmortalizar su nombre, céiebre tan sólo hasta entonces por la tradicional nobleza de sus dueños, no es cierto que fuese un comediante sin moral, ávido solamente del favor de los poderosos y del bienestar sensual de la existencia.

Lejos de mi ánimo, sin embargo, el propósito de encender sobre el ara de mis simpatías la au-

reola de su santificación. Yo pretendo conocerle bastante. Le conozco su adolescencia llena de sugestivas precocidades; su juventud con su amor por las letras y por las grandes cuestiones del pensamiento humano; le conozco en los días en que viviera del corazón improvisando ó burilando sus Odas galantes y más tarde cuando rematará su prestigio con la labor seria del adulto en sus Epístolas y en sus Sátiras.

He tratado de seguirle desde sus mocedades, que él mismo nos refiere con aquella insuperable franqueza que no es sin duda el menor incentivo de sus versos; le he visto por resolución de su propio padre, vivir en la pompa sin ostentaciones frívolas de la nobleza decente. Recuerdo que su libro predilecto fué el de aquel Homero que la posteridad va magnificando tanto que de repente vamos á ver esfumados sus perfiles en la blanda claridad de lo que es pura leyenda. Y recuerdo también — él nos lo dice — que las armonías de Píndaro y las dulzuras de Anacreonte, dejaron estela perdurable en el alma de ese que se iba á Atenas á completar su educación escuchando la palabra inspirada de los grandes maestros de la filosofía, de la poesía y de la elocuencia.

No hay duda que también recorriera el campo de la poesía mediocre de los griegos, pues que en su Oda contra Casio Severo—que en los ra-

tos de ocio he dejado mal parada en verso castellano pero exactamente interpretada—nos cita algunos detalles de la vida de Arquíloco, autor del yambo y poeta satírico bastante difamador.

Le he visto huir, como la gacela de su Oda á Chloe, lastimosamente espantado, del campo de batalla, dejando abandonados á sus soldados y hasta su propio escudo, mientras en la Epoda citada hace alarde de competir en valor con la bravura legendaria de los mastines atigrados de Laconia — *canis fulvus Laconia*. Le he visto maldecir á Octavio, que le confisca sus bienes en aquellos días luctuosos de la guerra civil, tan distintos de los tiempos en que el Octavio se torna Augusto y llena siete lustros de la historia de Roma con los destellos de su inmortal prestigio. Y le he visto entonces penetrar de la mano de Virgilio al palacio del ex-vapuleado, tembloroso á pesar de su nativa altivez y estrechar poco á poco aquella intimidación histórica que debía ser fecundo manantial de poesía horaciana en esas odas ditirámicas que el juicio de la posteridad ilustrada tiene que aceptar mucho menos como adulación cortesana que como un altar erigido por el poeta, en el que mantuviera hasta la muerte, siempre encendido, el fuego de la más viva y de la más pura gratitud.

Le he visto decir en su epístola II—*paupertas*

impulit audax ut versus facerem — y después edificar su villa de Sybaris y su casa campestre en el inolvidable Tibur, aquel Tibur de la Oda á Quintilio Varo, en donde la vida del poeta se desliza entre las comodidades de un confort completo. Le he visto exclamar *ó rus quando te ego adspiciam* — oh mi campo, cuándo podré ir á verte? — y sin embargo también le he visto volver fastidiado del campo á la vorágine de la ciudad y á los hastíos de la corte de que antes huyera presuroso.

Le conozco. Pero, los hombres deben ser estudiados con arreglo á su época, y las odas, analizadas según los principios filosóficos entonces prevalentes. Ya sé que tengo que suavizarlas algunas veces, cubriendo sus desnudeces siquiera con las blandas tenuidades de un tul, pero debe ser muy infeliz ó muy lleno de prevenciones injustas quien pretenda juzgar la moral de Horacio — la moral de su época — con el cartabón severo de las doctrinas evangélicas. El estudió en Atenas lo que en Atenas se enseñaba: andaba en voga aquel Epicuro — *de grege porcos* — pero andaba en voga y yo no tengo la culpa de creer en los tantos errores con que contará el dogma científico de actualidad y que los adelantos indefinidos de la especie han de destruir poco á poco.

Es natural: si Horacio hubiera leído el Sermón de la Montaña, no habría escrito su Oda á Leu-

conoe ó á Taliarco y otras del mismo género. Pero, yo pregunto si dentro de las exigencias de la época, puede haber escritos más rigurosamente morales que cualquiera de las producciones horacianas.

En sus odas está la fogosidad de la juventud el fuego de un temperamento impetuoso que el genio de su razón no alcanza á moderar todavía; las Sátiras reflejan un período intermediario, la crisis de una transición perfectamente perceptible aún para el ojo del profano, y el adulto serio, razonador, reposado, está en las Epístolas que irradian luz meridiana y resplandores de ocaso.

Lo he seguido, pues, con los mejores materiales modernos al través de su accidentada existencia y por eso mismo no lo santifico, pero no lo acepto como me lo dá el pensamiento vulgar, estigmatizado con el dictado inapelable de servil.



Este poeta tenía idiosincracias bien perceptibles por cierto. Revélanse en todos sus escritos. No me refiero aún á las peculiaridades de su temperamento poético—que esbozaré más adelante—sinó á las provenientes de su fisiología particular.

No he dejado seducirme por sus propias na-

raciones, pero los rasgos biográficos que accidentalmente traza, no pueden ser desechados así no más. Habrá manifestaciones para las que sería muy prudente un riguroso beneficio de inventario, pero hay también—y numerosas—delicadas expansiones que le enaltecen sobremanera y que dejan traslucir una parte importante de su compleja intimidad.

Él mantuvo siempre la noble pasión de su amor de hijo — la gran pasión! — Nunca, jamás, se debilitó en su alma el sentimiento como religioso de gratitud y de cariño por la memoria del que había sido su padre. He leído versos que no son sinó la sublime exteriorización de tan noble culto.

Que los caballeros y los senadores diesen especial educación á sus hijos, entregándolos á las grandes eminencias de Roma ó de Atenas, es un acto que al fin á nadie ha de maravillar, pues que en todo ello había mucho menos afecto paternal que afán de conservar el brillo de la estirpe.

Pero ese pobre liberto que hace tan abnegadamente el sacrificio de su escaso patrimonio en pro de su precoz adolescente; ese pobre liberto que le lleva á Roma vestido con traje de noble y escoltado con séquito numeroso de esclavos— *vestem servosque sequentes*; — ese pobre liberto que le acompaña solícito hasta la casa de sus

maestros—*circum doctores aderat*—y lo conserva incorruptible porque como dice Horacio, «la pureza es el primer fundamento de la virtud;» ese que vende sus tierras para enviar su hijo á Atenas, ese tiene la visión providencial de un hermoso destino y las intuiciones como proféticas del cariño y los presentimientos inequívocos de una esplendorosa inmortalidad.

«*Purus et insons, causa fuit pater!* Todo se
 « lo debo á mi padre, y acaso porque fué hu-
 « milde he de tener el coraje de ocultarlo? Oh
 « no, exclama, yo no soy de aquellos que, para
 « escusar la oscuridad de su oríjen, dicen que si
 « no tuvieron progenitores ilustres fué porque
 « ello no dependió de su propia elección. No
 « pienso yo así y si la naturaleza me permitiese
 « recomenzar la vida, dándome la libre opción
 « de mis padres, contento con los míos queridos
 « no iría á buscarlos nó entre los lictores ó en
 « las sillas curules! (*Sát. Lib. I, V, VI*).

De cuánto puro perfume, están impregnadas estas flores que arranco de la Sátira sexta! El sentimiento que así vibra con tan altas sonoridades, solo puede albergarse en las intimidades de un fondo incuestionablemente noble. El culto de la memoria paterna es una prenda segura de virtud.

Podrá tener Horacio odios accidentales; algunas de sus obras destilan rencores que parecen

salir del fondo de su alma como la negra humareda de las criptas dantescas, pero son odios y rencores pasajeros, odios y rencores de índole literaria, porque en este poeta, hasta las versatildades son simpáticas y pasa á menudo de la imprecación maledicente al cariño más efusivo con esas fáciles transiciones de los temperamentos nativamente bondadosos.

Inalterable, como aquel hondo sentimiento filial, fué su amistad con Augusto, con Mecenas, con Varo y con Virgilio y así como la menor afrenta y hasta el reproche más insignificante podían tornarlo pertinaz y temible enemigo, también cualquier halago amistoso, cualquier manifestación benevolente, le encadenaban por siempre con los vínculos de una gratitud que jamás se hubiera atrevido á quebrantar sin sonrojarse.

Por eso mismo no es extraño que algunas de sus odas se intitulen *Palinodia*, porque en efecto muchas veces la cantó gentilmente, olvidando sus antiguos resentimientos ó sus injustificados enojos. «¡Oh, decía, la cólera es mala consejera» y al arrepentirse invitaba cariñoso á aquella *matre pulchrâ filia pulchrior* á arrojar sus culpables yambos á las llamas ó á los abismos del Adriático!

Y esas expansiones de íntimo reconocimiento son más notables en éste que en otros poetas que se hallaron en su misma situación de prote-

jidos. Ennio vivió en casa de los Escipiones y su estatua fué colocada después de su muerte en el panteón de la familia; Lucrecio vivió en el hogar de los Memmios y fué como de la casa; á Terencio lo protejieron Lelio y el famoso Escipión el Africano; Accio tuvo por patrono á Decimo Bruto que le colmó de atenciones; Tibulo anduvo con Messala y Propercio con Gallus. Es sabido que Virgilio debió gran parte de su renombre á la amistad íntima con Pollión y á los beneficios de Mecenas, de quién, según se dice, recibiera una vez cien sextercios ó sean cerca de noventa mil libras, además una casa en Roma, en el Esquilino, una villa cerca de Mola y otra en Sicilia.

No obstante ello, Horacio es el que conjuntamente con Virgilio, se destaca en primera línea por las manifestaciones de su leal reconocimiento. Augusto escribía á Horacio de igual á igual, con ese levantado respeto que revelan las cartas que han llegado hasta nosotros. Las respuestas del poeta eran por regla general Odas ó Epístolas y si á Horacio se le puede llamar cortesano por ellas, también sería muy lójico denominar así á Augusto mismo que las provocaba con laudatorias frecuentes que era menester retribuir siquiera por mera cortesía.

Verdad que escribiera contra Augusto y hasta le combatiera en el ejército de Bruto, llevado

más por las pasiones de aquellos tiempos azarosos que por malignidad de espíritu. También Juvenal censuró despiadadamente á Domiciano después de haberle enzalzado y es sabido que Lucano mismo comenzó por elogiar á Neron y que más tarde, desesperado, le fustigó virilmente hasta que, persuadido de que era imposible vivir bajo la presión de tan atroz tiranía, resolvió suicidarse y lo hizo con aquel crudo estoicismo que caracteriza los dolores de la época.

Pero Horacio redimió íntegramente su falta—si es que éllo era una falta—y vivió con el emperador como viviera con Virgilio y Mecenas—colmado de deferentes atenciones y de nobles estímulos que él retribuyó afectuosamente en todos los actos de su interesante existencia.

El destino, que los había unido en la vida, quiso unirlos en la muerte y algunos años después del fallecimiento del de Mántua, desaparecía por siempre el generoso protector de Horacio. Este había jurado que no podría sobrevivirle (1) y Mecenas y Horacio morían en el mismo año.

Uno al lado de otro durmieron en el Esquilino el último sueño. La muerte respetó aquel hondo cariño juntando sus huesos y confundiendo sus cenizas!

(1) Véase la Oda á Mecenas enfermo.



Sin duda, no es una *Introducción* el lugar aparente para abordar sin reservas un amplio estudio de la compleja personalidad de tan insigne poeta. Yo desearía poderla reflejar del triple punto de vista del arte, de la filosofía y de la moral; analizarla prolijamente en su simpático conjunto y en todos sus interesantes detalles; pero apenas si me resolveré á trazar un ligero esbozo, acentuando en una docena de pájinas las líneas generatrices y los contornos más salientes. El lector completará el examen con su criterio propio y la lectura del texto.

«Las Odas de Horacio—ha dicho un eminente literato francés—han sido burladas por la mano misma de las Gracias». Y tiene razón. Todo es delicado ú original en ellas; el tema y el estilo, el pensamiento y las imágenes, lo descriptivo y lo sentencioso, lo festivo y lo heróico, lo galante y lo filosófico. Tiene la forma todos los encantos de su oríjen—es griega: de Anacreonte. con sus dulzuras esquisitas, y de Píndaro con su cadencia y sus inflexiones melodiosas. Inoficioso es decir, que también lo es el metro y el número, pero no sé porque en las estrofas horacianas cobra nuevos incentivos.

Me atrevería á decir que el adónico se ha hecho verdaderamente célebre después de las Odas

como asimismo aquella armoniosa y dúctil combinación con el sáfico, por más que otros — griegos y romanos—la hubieran usado antes que él. Pero, puede analizarse los diez y nueve distintos géneros de estas sencillas composiciones y se alcanzará no solo la propiedad en la elección relativamente al sujeto sobre que versan, sino una verdadera orijinalidad en muchas de ellas en lo que respecta á la alternación del yambo, del tróqueo, del espóndeo, del dáctilo, etc. Por eso sus versos tienen no solo las seducciones del pensamiento que tan gratamente hiere la imaginación y la inteligencia, sino los encantos de la música armoniosa con que acarician y educan el oído. (1)

Así, por ejemplo, y eligiendo al azar, puede leerse los versos con que comienza la Oda II de Lib. I dedicada á Augusto. Aun sin saber el idioma se percibe fácilmente la sonora cadencia de su ritmo.

Dichas estrofas están constituidas por endecasílabos (2) sáficos, pentámetros y rematados por un adónico. El endecasílabo lo forma con un tróqueo inicial, con un espóndeo, con un dáctilo

(1) Es por esta razón que los preceptistas enseñan el estudio de cierta clase de versos y de estrofas escogiendo los de Horacio como modelos.

(2) Decimos endecasílabos para parangonar mejor latín y castellano, pues sabido es que los versos latinos se cuentan por piés.

y dos tróqueos finales ó un espóndeo último, de modo que los versos cantan. Léase:

Jam sa-tis ter-ris nivis-atque-dirœ
 Grandi nis mi-sit pater-et ru-bente
 Dexte-ra sa-cras iacu-latus-arces

Y después el adónico, con dáctilo y espóndeo ó algunas veces con tróqueo

Terruis-urbem

Verdad que uno de los mayores prestigios de aquel hermoso idioma era su sonoridad y los que hayan leído á Virgilio han de recordar con cuanto sagaz talento distribuía en sus versos el número.

Luctantes ventos tempestatesque sonoras.

No es posible exigir nada más soberbio, por más que lo haya criticado Séneca.

Bueno, pero esto interesaría más bien al lector del texto latino que al lector de traducciones, en donde el metro tiene que librarse al arbitrio inteligente del traductor ó suprimir por entero sus poderosos halagos abordando una versión en prosa ó una mera explicación del original.

Lo que más vivamente despierta el interés en Horacio es la poesía descriptiva y la poesía filosófica. Sus cuadros son siempre obras maestras; sus reflexiones, verdades eternas.

Se vé á menudo fragmentos de naturaleza reflejados con delicadeza esquisita en la estrofa

sonora y brillante. Retazos de cielo límpido á través de los claros del bosque oscuro; arrebales de ocaso—como aquel final de la Oda á los romanos, que tiñen con la triste suavidad de sus tonos amatistas, los collados y los montes lejanos, las casas rústicas de las faldas, las aguas cristalinas de las fuentes dormidas y el ambiente todo que va despojándose indolentemente de sus reflejos violáceos y dejándose vencer por las sombras que llegan como con magestuoso vuelo; ó plenilunios espléndidos bañando con misteriosas fosforescencias hojas y ramas, lagos y rios, perfiles de estátuas, bustos de diosas y coros de ninfas!

Refresca el verso cuando de Favonio nos habla el poeta; la estrofa viene entonces con todas las emanaciones balsámicas del campo en los días diáfanos de las primaveras que se inician. No lo han superado las modernas descripciones ni en vivacidad ni en limpidez ni en expresión ni en colorido y mucho menos en esa elocuentísima concisión que solo he visto en los grandes maestros del Lacio—poetas y prosistas.

Ahí está la célebre Oda al cónsul Sexto—*Solvitur acris*—y aquella otra á Torcuato—*Dif-fugere nives*—del mismo género ambas y cuya grandiosa portada podrá dar aproximadamente siquiera, una idea del mágico embeleso de las descripciones horacianas. Y eso que es menester repetir aquí entre condolidos y admirados,

la legendaria lamentación que aquel ilustre vencido de la elocuencia pronunciára allá en Efeso en sus póstumos entristecimientos, cuando después de leer la suya, leía la arenga de su rival en presencia de sus discípulos asombrados: «*Qué sería si hubierais oído al león mismo?*... ..» Porque, en efecto, ya he dicho que no hay versión posible, á no ser accidentalmente por mera casualidad y que es menester ir á saborear en el original todo lo que fatalmente se evapora en el traspaso.

Por ejemplo:

Trahunt siccas machinæ carinnas;
 At neque jam stabulis gaudet pecus
 Aut arator igni
 Nec prata canis albicant pruinis.

La pluma se siente arrastrada á transcribirlo todo y me da grima, de veras, no poder impregnar mis versos castellanos con aquel deleitoso perfume que parece constituir la sustancia misma de la estrofa latina.

Paréceme inoficioso manifestar que la expresión y el movimiento del primer verso no está en la estrofa traducida. Es de todo punto imposible reflejarlos. Y entre el *albicare* (1) y el cente-

(1) Fíjese como siendo mas usado *albesco* que *albico*, el poeta elige este último en razón de su expresiva onomatopeya.

llear ya puede elegir el lector. Yo no tengo la culpa que el castellano carezca, no de voces, porque eso sería inexacto, pero sí de esa concisión á que antes me refería, mucho más expresiva y sugestiva que una larga frase moderna.

Ahí está bien cerca el ejemplo del *arator igni*. El verbo *gaudet* de la primera oración sirve para esta otra y ya puede colegirse como con dos palabras, dos tan solo, *arator igni*, el original ha dicho mucho más que todos sus traductores é intérpretes.

«*Ad frigus depellendum*, dice con acierto uno de estos últimos y agrega: *mutari dicit usum vitæ, mutatione temporis*». La explicación es clara, pero está muy lejos de ser completa. Hay mucho más que eso, no solo el cambio de vida en razón del cambio del tiempo; no solo á objeto de quitarse el frío, sinó que así como el rebaño ya se deleita—*gaudet, delectatur*—en el campo, así el labrador no pierde su tiempo en torno de la lumbre que lo reanima en los días crudos del invierno en que la nieve centellea en los prados, sino que abre la tierra y trabaja con el arado, etc., etc. Bueno, pero yo me voy derechamente á llenar una página nada más que por dos palabras *arator igni!* Yo no tengo la culpa de que el castellano carezca de esa sugestiva sobriedad que como se vé, caracteriza el idioma blando y sonoro de los romanos.

La Oda á Taliarco—un cuadro de nieves, de cosas místicas afuera, de cosas místicas adentro, de tristezas exteriores y de afanes y de anhelos íntimos—es la antítesis descriptiva de aquellas otras.

Ya no trae Favonio en sus alas de rosa las emanaciones balsámicas de la naturaleza que renace! Ya no hay la límpida diafanidad de esos días en que las primaveras se inician! Todo es gris, opaco y melancólico.

Ya las claras corrientes no murmuran
El hielo cruel las oprimió implacable!
Amontona, Taliarco, blanda leña,
Que el frío en torno de la lumbre váse.

«Es menester volver á enclaustrarse en el hogar. La sombra que anhelabas para las fatigas del estío debes trocarla por la generosa llama de la hoguera que vivifica.» *Ante focum*, decía Virgilio, *si frigus erit, si messis in umbra!* «Des!apa el anfora sabina; que corra el vino, dulce compañero del fuego y crée en la bondad inagotable de los dioses—ellos harán que no te sca perjudicial el invierno. Sí,

Harán los dioses lo demás, Taliarco.
Ves? Ya no ruge la borrasca fiera
Implacable azotando la espumosa
Ola que rueda reluchando férvida!
Ves? Ya no sopla el vendabal furioso!

—Que sus iras los dioses amansaron—
Y al ciprés secular y al olmo enhiesto
No intenta indócil arrancar de cuajo!

El cuadro de la tempestad en la alegoría *A la República*, reproduce el imponente movimiento de afuera y la ansiedad interior con precisión inimitable.

La nave zozobra; la ola enfurecida ha barrido ya los remeros exhaustos de las bordas; cruje con dolor el mástil y se desgaja de súbito con rumbos de catástrofe. También está deshecho el cordaje y las antenas gimen como con ayes de moribundo; el trapo del velámen se desfloca y el viento, cada vez más bravo, sacude rabiosamente sus girones. Ni siquiera es posible invocar en tan terrible trance la piedad consoladora de los dioses y, el noble origen del maderámen de la nave—hija gentil de los pinares pónicos y de los bosques sacros—de nada sirve para aplacar la bárbara impetuosidad de la borrasca desencadenada ya en todo su siniestro apogeo!

Y, como vivaz contraste, he querido también traducir aquellas plácidas acuarelas de verano con su sol implacable ó sus ocasos de magestuosa serenidad; con sus prados abiertos, amplios y sus pintorescos alcores; con sus parrales rústicos á cuya grata sombra descansa el poeta coronada la sien de verde simbólico mirto y las frondas oscuras del bosque bajo las que se

amontona la vacada y el rebaño huyendo los rigores de la siesta; con sus fuentes y sus arroyos festoneados de sauzales á donde baja la hacienda á apagar su sed con ese paso tardo del vacuno indolente tan lleno de instintos sibaritas.

A Fauno, á la fuente de Bandusia, á Tíndaris y el final de la Oda á los romanos son admirables modelos del género que algunos poetas modernos han tratado de imitar conceptuándolos insuperables.

A la amena fuente citada que el poeta tenía en su propio campo, le dice:

A la fronda opulenta de tu orilla

No alcanzan los rigores

De los crudos calores

Del sol canicular,

Tú brindas amorosa fresco asilo

Al toro desuncido del arado

Y al rebaño cansado

Que baja sus ardores á calmar.

Yo te haré célebre entre todas, Fuente

De Bandusia divina!

Yo cantaré á la encina

Que mira tu cristal,

A la alta encina que sus raíces echa

En las cóncavas peñas, do espumoso

Germina entre un murmurio melodioso

Tu límpido raudall

Con razón decía La Harpe que «le fond de ces petites pièces est également piquant dans toutes les langues» porque efectivamente en las Odas de Horacio, y muy en especial en las amorosas ó galantes, se hermanan la gracia más festiva y traviesa con la delicadeza más gentil.

Hay en cada una de ellas la agradable manifestación de un espíritu selecto que tiene siempre á mano la frase culta, sin asperezas, insinuante, por más que muchas veces tenga que decir lo que un espíritu menos ágil tendría que callar. Por eso la perífrasis horaciana se ha hecho característica. Qué diferencia con Catulo!

Yo no sé si la tímida Chloe de sus cantos entusiastas existió ó no, pero el amor del poeta ha diseñado aquí en mi alma los seductores contornos de aquella esquiva virgen de ojos celestes y de mirada lánguida á quien recuerda tan frecuente como cariñosamente. Horacio la sorprende, húmedo pimpollo aún, al que el soplo inofensivo del céfiro hace ocultar entre las hojas como trémula y atemorizada.

Tres pinceladas — tres breves estrofas—constituyen aquel hermoso, hermosísimo cuadro. La compara con la gacela que vive en el plácido apartamiento de los bosques solitarios, á la que asusta y pone trémula hasta el suave crujir de ramas y de hojas.

Y dobla pavoroso la rodilla
Si un blando soplo la espesura razga,
O si el verde lagarto sorprendido,
Presuroso se escurre entre la zarza...

Acaso tigre ó león soy de Gétulia?
¿Acaso tras de tí corro á matarte?
A tu madre abandona!—que ya es tiempo
De gustar el placer de los amantes!

Oda que podría ser completada con aquella sabrosa pero delicada descripción de la tierna Lalage, para la que el poeta hace una hermosa alegoría y salva con su genial talento las escabrosidades de un tema peligroso.

Más amada será que Phóloe huraña
Y más que Chlóris la del albo seno
Que resplandece como luz de luna
En la alta noche sobre el mar desierto!

A Ligurino, aquel rubio adolescente enamorado de sus propios encantos, le recuerda la triste fugacidad de las pompas humanas: cuando al tono claro de las rosas pálidas suceda el doloroso deshojamiento de los pétalos mústios; á Chloris, envejecida, pero llena aún de afares extemporáneos, la manda hilar al barrio oprobioso de Luceria; llora la muerte prematura de Cinara para contraponerla á la disoluta Lícea á quien pronostica una prolongada existencia para

que la juventud se refocile burlesca á su alrededor y sufra aquella «la cruel vejez de la corneja»

Que vé su nido en otro tiempo alegre
Reducido á un puñado de cenizas!

Con cuanta fina ironía se mofa de aquel candoroso mancebo á quien la hermosa Pirra, harto avezada ya en amaños amorosos, colma de mentirosas lisonjas! Pero á fuerza de dolorosas decepciones se alecciona el hombre y Horacio ya ha sufrido los reveses de la ingratitud en las caricias falaces de la mujer, «inconstante como las brisas». Por eso exclama lo que un esclarecido poeta contemporáneo exclamara veinte siglos después, inspirado sin duda en el verso del ilustre latino:

En cuanto á mí, ya tengo suspendida
Una tabla votiva en el santuario,
Harto enseña que guardo arrepentido
Mis ropas aún mojadas del naufragio!

Y Becquer:

Te embarcas? gritaban, y yo sonriendo
Les dije al pasar.
—Ha tiempo lo hice, por cierto que aún tengo
La ropa en la playa tendida á secar.

Después de burlar aquel apasionado elogio de Fílis en la Oda á Jantías, lisonja bastante sospechosa por cierto para el mancebo que la adora, le dice á su amigo con elocuente gracia:

No sospeches de mí, caro Jantías
 Ni los celos te muerdan
 Que hace tiempo que vienen gravitando
 Sobre mí los cuarenta!

A propósito de la delicada discreción del poeta cuando es forzoso decir alguna crudeza que podría oscurecer el mérito del verso, puedo citar un ejemplo bien expresivo por cierto.

Arde en celos por Lydia y trata de disuadirla para que abandone al bárbaro Telepho á quien parece haberse entregado. Mira, le dice, no esperes de él un afecto sincero, porque en los besos con que empaña tus encantos, *Venus puso la quinta parte de su néctar.*

Abordar una explicación de tan bella perífrasis importaría deshojar la rosa pretendiendo encontrar en el cáliz deshecho el secreto de su suave perfume. Lo más que puedo hacer es transcribir á un intérprete latino:

Quinta parte sui nectaris imbuit

Quinque enim sunt amoris partes, seu gradus, seu lineae: *visus, colloquium, tactus, osculum, concubitus.*

Terencio decía más o menos lo mismo. Certo extrema linea amare haud nihil est.

Y como las citadas son todas. Yo entresaco del montón lo primero que veo entre lo que hoy ofrezco al lector, más estoy seguro que ahora como cuando complete esto, que no es sino un espécimen, esta aproximación de Horacio ha de dejar leerse con agrado permitiendo paladear algo de aquellas espléndidas bellezas á las que la posteridad ha rendido los grandes homenajes de las creaciones inmortales.

No decae jamás el interés porque el poeta ha alternado con discreción inimitable y con toda aquella honda sabiduría del *Ars poetica*—eterno manantial de buen gusto—lo serio y lo risueño, la naturaleza muerta y la grata animación de la vida de campo; consejos saludables, concisos como sentencias antiguas y gráficos y expresivos como aforismos lapidarios dignos del bloque de Páros; laudatorias entusiastas y censuras acerbas; celajes de auroras y arreboles melancólicos de ocaso; luces de medio día y sombras de borrasca; náyades de alabastrina blancura que asoman por el cristal de las fuentes sus desnudas morbideces y ninfas sobresaltadas que esquivan presurosas la hambrienta pasión de los faunos en acecho; himnos de gloria y sátiras candentes y recuerdos patrióticos y enseñanzas austeras y todo eso que constituye los variados temas de las ciento

treinta odas que para deleite de los cultores de la eterna belleza y para honor del arte antiguo, han llegado hasta nosotros y han de vivir la vida perdurable de la inmortalidad.



Yo desearía que los críticos de la moral de Horacio leyeran primero aquellas admirables páginas que nos legara Lucrecio sobre Epicuro y sus famosas doctrinas.

..... Extrá

Processit longé flamantia mœnia mundi,

Atque omne inmensum peragravit mente animoque

De grege porcos ha dicho después el efectismo poético; pero sin dejar de reconocer algunos de los defectos de tales doctrinas, no es justo oscurecer su incuestionable mérito porque, más provechosas que las idealistas de sus predecesores, proporcionan aún máximas utilísimas llenas de profunda sabiduría y de verdades que las conquistas modernas no han hecho más que afianzar y consagrar irrevocablemente.

Sea de ello lo que fuere, es menester aceptar al poeta tal como lo habían educado las cosas de su siglo y mirarlo á la luz de su propia época, enclavado en su centro histórico é influenciado por esas fuerzas sociales, morales y filosóficas que constituyen un ambiente determinado y den-

tro del cual es necesario proceder al análisis del sujeto so pena de extraviar los rumbos y llegar á los más repugnantes absurdos y á las más irritantes injusticias.

He querido exhibir en este ensayo algunas de las Odas que más enérgicamente acentúan la personalidad moral del noble amigo de Virgilio y allí podrá verse cómo el poeta no desdice del hombre íntimo, de aquel Horacio que instado maliciosamente á rivalizar con Virgilio y á suplantarle en los favores de Augusto y de Mecenas, daba esta noble contestación: «En casa de Mecenas no se vive así. No ha habido hogar más íntegro que el suyo ni más alejado de toda cábala y de toda intriga. Allí, el más rico ó el más sabio no hace daño ni sombra á los demás; cada uno en su lugar y todos contentos.»

Así también es en sus versos. Por eso el genio penetrante y analítico de Voltaire, dijo de Horacio esto:

Jouissons, ecrivons, vivons mon cher Horace,
 Je mettrai tous mes soins
 A lire tes écrits plein de grace et de sens
 Comme on bois d'un vin vieux qui rajeunit les sens.
 Avec toi l'on apprend a souffrir l'indigence,
 A jouir sagement d'une honnête opulence,
 A vivre avec soi-même: a servir ses amis,
 A sortir d'une vie ou triste ou fortunée
 En rendant grace aux dieux de nous l'avoir donnée.

Ahí está la magistral composición á Leuconoe en la que principalmente se inspiró Voltaire para escribir la hermosa síntesis transcrita. Por fortuna, dicha Oda ha surgido, tal vez por mera casualidad como yo lo creo, con casi todos los atractivos del original, fluida, sobria, elegante, expresiva y completa. Comparándola con el resultado de la labor restante, puedo asegurar que quien lea tan preciosa pieza podrá decir que la ha leído en Horacio mismo.

Fué ella entregada á la publicidad hace algún tiempo y un distinguido crítico (1) dijo de ella: «La Oda que antecede es indudablemente, por su clásica sencillez y su profundidad filosófica, una de las mejores de Horacio».

«Hay en ella cierto dejo amargo: por una parte, ansia de placer y por otra el convencimiento de que el placer es breve. En ella resalta la nota característica de toda la poesía horaciana; la suprema serenidad del fondo y la limpidez sin mácula de la forma. Se ha sabido verter admirablemente el pensamiento del latino, siéndonos permitido afirmar que esta es la mejor de las traducciones que hemos publicado: el corte del verso castellano es clásico y la idea clarísima, sin sombras. Esta traducción es superior á cuantas conocemos de la misma Oda, difícilísima de

(1) El señor Mariano de Vedia.

traducir por lo condensado, de la idea y la elegante concisión del lenguaje.»

¡Pues bien, dicha página es como la síntesis de las doctrinas morales del poeta en cuanto al individuo en general, á parte de sus bellezas de índole literaria, tan puras como todo lo que hoy denominamos horaciano, menos para caracterizar una peculiaridad poética, que para honrar altamente con el calificativo.

«En vano es que trates de saber cuando has de morir! En esto vale más resignarse al destino y, si te dan los dioses largos días de existencia ó si, por el contrario, decretan que el invierno próximo sea el último invierno de tu vida.

Aprovecha tus años sabiamente
Y á tu corto vivir, prudente brinda
También corta esperanza. De tus ánforas
El vino reservado clarifica
Mira que el tiempo, mientras hablamos, raudo
Del pasado al abismo se encamina;
Goza las horas del presente—y siempre
Del incierto futuro desconfía!

No sé si podrá escribirse hoy algo mejor sobre los funestos efectos de la cólera que lo exhibido en las melodiosas estrofas de la oda intitulada *Palinodia: O matre pulchrâ filia pulchrior*;—ni se que hayan sido superadas, por Juvenal ó por Lucano mismos—las olímpicas imprecaciones con-

tra la corrupción moral y religiosa de su tiempo, contenidas en las odas *Ad Romanos* y *Ad Fortunam*. Enemigo de los excesos, puede leerse como una página de sana moral aquellos fluidísimos versos dedicados á Quintilio Varo, anatematizando la ebriedad y el escándalo; ó el elogio puesto en boca de Ofelio, de la templanza y la frugalidad; ó aquellas amargas censuras de los amores oprobiosos en las odas contra Chloris y Lícea, á parte de las dos epodas—que por su lenguaje un tanto crudo y que constituyen una verdadera excepción justificable por el odio profundo del poeta contra las viejas prostitutas—me eximiré de coleccionar á imitación de la mayoría de los traductores.

Las Odas de Horacio han ocupado siempre un lugar preferente en la biblioteca de los hombres más morales—antiguos y modernos. Sacerdotes ilustrados, miembros distinguidos del clero argentino, me han hablado de ellas con entusiasmo. Para Juan M. Gutierrez, Velez, Avellaneda, López y otros, fué lectura predilecta. Del conocido hombre público Dr. Victorica recibí anotada una de las más antiguas y fieles ediciones, dedicada á Enrique VIII; el orador sagrado doctor Pera me mandó una más antigua y tan fiel como la primera; el erudito padre Viñas, secretario del obispado en el Paraná las sabe de memoria; en las bibliotecas de los colegios jesuitas he visto con placer diversas ediciones y

comentarios del gran poeta. En Santa Fé, por ejemplo, leímos con los padres de la Compañía algunas de las mejores producciones del libro de las Odas. Y en fin, para qué recordar que Fray Luis de León tradujo una buena parte de ellas é hizo de este poeta su maestro preferido?

.....
.. ..

No abandonó jamás á Horacio la fé de sus dioses, por más que hoy pueda repugnar á las conciencias religiosas toda aquella serie de bizarras endiosamientos que se encierran entre el antropomorfismo primitivo y las últimas manifestaciones del exuberante politeísmo romano.

En esto no fué Horacio un epicurista propiamente, pues él creyó, como en su tiempo se creía, en la realidad de una vida ulterior sin recompensas. El sentimiento benevolente de los dioses y sus altos favores debían ser solicitados en este mundo ya que la regla de la existencia era el placer usado con prudencial moderación. (Véanse las Odas á Sexto y á Torcuato).

«No hagas en su honor ofrendas pomposas, dice en su Oda á Fidyla, porque de nada han de servirte estos sacrificios si no te allegas al altar pura de corazón.» Como se recordará, estas son palabras evangélicas repetidas por el Cristo en diversos pasajes de su vida sublime.

Y en la Oda *Ad se ipsum*, se reprocha él mismo el haber abandonado momentáneamente el culto religioso y entibiándose su fé «debido á los errores de una filosofía insensata».

insanientis dum sapientiæ
consultus erro;

Por eso en los sublimes anatemas de aquella oda patriótica dedicada á su pueblo, fustiga despiadadamente el abandono religioso y la cínica irreverencia para con las deidades.

Los dioses son la fuente inagotable
De todo lo creado
Y en su ser inmortal está el secreto
Del éxito y la gloria!

«Y si lograsteis, agrega, dominar el orbe entero fué porque otras veces tuvisteis confianza en ellos y creisteis fervorosos en su clemencia inagotable». «Es menester, concluye en su grandioso canto á la Fortuna, que nos dejemos de guerras fratricidas; que la juventud frívola é irrespetuosa de ahora tema á las divinidades. Es menester templar en otro yunque la espada rota en las contiendas civiles y sólo así, moralizados todos al igual de nuestros primeros antepasados, podremos vencer á nuestros odiosos enemigos.»

Con razón nos decía el orador sagrado que ya citamos: «en esta oda no hay más que cambiar

el plural relativo á los dioses y resultaría una alocución cristiana de actualidad.» En efecto, qué saludable lección se desprende de esos versos para las generaciones tan friamente escépticas del presente! Qué hermosas enseñanzas para lograr corregir algunas de las frívolas liviandades de ahora!...

Pero, el proceso histórico tiene sus leyes fatales, y las decadencias, trayectorias bien definidas. Atenas en tiempos del Macedonio es Roma en la época de Horacio—período inicial de aquella suprema degeneración que concluye con los bárbaros—y sobre todo en la época de Juvenal y de Lucano. Y no hablemos de historia contemporánea—pues, es sabido que las débâcles son de todos los siglos y de todos los pueblos.

Pero, lo que á mi me conviene constatar es que quien se haya dedicado al estudio serio de este eminente latino, habrá concluído por admirarle y por cobrarle cariño, mayormente después que la rutina y la inconciencia del vulgo pedante lo han fustigado sin escrúpulos con apreciaciones deprimentes que este nobilísimo poeta está muy lejos de merecer. Y lo más lamentable es que algunos eruditos, en su afán de ensalzar la personalidad de otros poetas posteriores, hayan sentido la injusta necesidad de oscurecer al que después de Virgilio ha sido y será perdurablemente el más inspirado, el más genial y el más grande de los poetas del Lacio.

También, repitamos que no era, sin duda, lo mismo escribir en los días esplendorosos de la República, como Terencio amparado en la sombra gloriosa de los Escipiones; en los días de Mario y de Syla; en la época de César y de Antonio y en los tiempos de Octavio en que la República agoniza ó en aquella atmósfera corrosiva de la decadencia final en que todo se embrutece y degrada, desde Tiberio hasta Domiciano.

Censurarle á él los absurdos y los errores de su medio ambiente, importaría lo mismo que llamarle ignorante porque, como todos, creía que el monte Atlas era uno de los límites del mundo!

No, este poeta estudiado en sus inmortales producciones, especialmente en sus Sátiras y en sus Epístolas, ha de seguir interesando vivamente como hasta aquí, y no ha de haber, hombre erudito que no ocurra á encauzar su sentimiento estético, su gusto literario y también su pensamiento filosófico en las bellezas inmarcesibles de los versos de Horacio á quien, por algo el sublime autor de la Divina Comedia, colocó entre Virgilio y el «poeta sovrano»—Homero!



Una buena parte de las reflexiones sentenciosas de Horacio se han hecho vulgares y pasado á la categoría de principios inconcusos ó de

axiomas universales. Ese es uno de los atributos de los genios.

He visto muy á menudo transcritos sus versos tanto en obras de aliento como en artículos lijeros y si no es más común semejante costumbre, es porque muy escasos son los que han hecho de las producciones de este poeta filósofo su libro predilecto.

No es extraño que el pensamiento humano se encuentre al través de los tiempos en sus investigaciones afanosas y en sus aspiraciones indefinidas por la verdad; yo he visto repetidas las ideas antiguas y las bellezas de su siempre lozana poesía, pero nunca con las calidades majistrales de entonces. De ahí, la costumbre de los lemas, y la necesidad de las citas y transcripciones.

Ellas ilustran algunas veces mucho más que la propia página que las contienen, porque á parte de ser modelos en la forma, condensan admirablemente la idea sin que la verdad que revelan pierda un ápice de su soberano prestigio.

Ya es vulgar aquello de:

Pallida Mors œquo pulsat pede
Pauperum tabernas
Regumque turres. . . .
Vicœ summa brevis spem nos vetat
Inchoare longam.

Y aquello otro sobre la influencia benéfica del vino usado con discreta moderación.

Tu lené tormentum ingenio admoves
Plerumque duro; tu sapientium
Curas et arcanum jocoso.

.....
Tu spem reducis mentibus anxiis
Viresque et addis cornua pauperi.

La Oda á Torcuato ha de llamar vivamente la atención por las reflexiones tan dolorosamente exactas que contiene, *Immortalia ne speres!* He aquí la eterna sucesión de las cosas:

El céfiro amoroso, las crudezas
Viene á templar del aterido invierno
Y á su vez, Primavera, presurosa
Huye al Estío sus rigores fieros
Y el Estío también nos abandona
Cuando Otoño pomífero se acerca;
Y después?... Otra vez el triste invierno.
Arido alzando sus opacas nieblas!

«La luna, agrega, puede reparar las pérdidas de sus menguantes; pero, nosotros... vamos menguando siempre! Y así, después que llegue nuestra hora, *pulvis et umbra sumus!* Sólo polvo seremos, sólo sombras!».

Damnosa quid non inminuit dies? se pregunta

al final de la oda á los Romanos. Qué no desgasta el tiempo destructor? Pero, sobre todas ellas, como concepción filosófica, está el canto á la Fortuna, lleno de intención y de tan profundos pensamientos sobre las cosas humanas que parecen escritos ayer mismo.

Sólo recordaré un brevísimo trozo, aquel en que describe los efectos consiguientes á la ausencia repentina de los favores de la suerte. Dirijiéndose á la Fortuna:

Si el halago retiras de tus goces
Ingrata huye de tí la turba multa
Liviana y movediza;
La meretriz infiel también se aleja
Y el coro bullicioso
De pérfidos amigos desaparece.
—Que el yugo del dolor, ay, no soportan!
Y no acompañan al doliente amigo
Cuando del ánfora en el fondo exhausto
Solo las heces quedan!

«El hombre de conciencia pura, dice en la Oda á Aristio Fusco, á nadie puede temer — no ha menester de armas para defenderse, ni javalinas moriscas, ni flechas envenenadas». En la Oda á Dellio dice: «es menester conservar inalterable el alma en la adversidad y guardarse bien de las alegrías inmoderadas en la fortuna». «Quien prefiera — en la Oda á Licinio Murena

— una dorada mediocridad, sin inquietudes por su suerte, no habitará la sucia y destartalada choza de los pobres. Las aspiraciones tienen su límite; es menester morijerar los propios deseos y alejarse también de la envidiada mansión de los ricos ».

Hé aquí otro fragmento que el lector habrá visto cien veces reproducido en sus hermosos pensamientos, siendo exclusivamente orijinal de Horacio :

« El viento ajita la copa de los altos pinos; cuanto más elevadas son las torres, tanto mayor es el peligro de su derrumbe. *Feruntque summos fulmina montes!* El rayo siempre hiere la cumbre de los montes más altos ».

« En la desgracia, espera; en la prosperidad, desconfía, y así tu alma se hallará constantemente preparada para todas las vicisitudes. No te olvides de rizar las velas cuando el viento se muestre demasiado favorable ! »

Contrahes vento nimium secundo
Turgida vela.

Acuérdate, *leviús fit patientia — quidquid corrigere est nefas* — que la paciencia torna llevadero lo que no es posible remediar.

Y entre las invectivas de la Oda XIII del Libro II, aquello tan popular ya de Santa Bárbara cuando truena :

Quid quisque vitet, numquam homini satis
Cautum est in horas.

«El hombre nunca se precave lo bastante en tiempo oportuno contra los peligros que desea evitar. *Nihil est ab omni parte beatum*; nadie es feliz en todo!»

Bueno, pero yo me estoy dejando insensiblemente llevar por las seducciones irresistibles de todas estas cosas, que no es menester husmear afanosamente, puesto que se encuentran con halagadora profusión en cualquier parte del libro.

Sólo he querido recordar con ellas, la profunda sagacidad del talento de Horacio; su acertado conocimiento de la vida; su amor nativo por la virtud; su odio por el vicio y esa fría impasibilidad de su espíritu levantado, por los halagos efímeros de nuestra breve existencia.

Es, pues, Horacio un filósofo que acepta las cosas tales como son después de haberlas penetrado y comprendido en todas sus aplicaciones, utilidades y desventajas morales. No cuadran á su criterio realista—en la alta acepción del concepto—las pomposas vaguedades de la filosofía idealista ó las teorizaciones ampulosas de los doctrinarios ilusos.

El placer íntimo, noblemente disfrutado, es el ideal de la vida. Y eso es verdad y lo será siempre para todos los que no juzguen con pre-

venciones sectarias á Epicuro como á Horacio y á Horacio como al moderno Bentham.

El ánfora que guarda en su seno perfumado el claro jugo de los racimos de Falerno, como la sombra protectora de las arboledas en los días abrumadores del verano; el tibio ambiente del hogar en las noches de invierno en que emperadores ó campesinos se reconfortan en torno de la lumbre, como el húmedo frescor de los arroyos que encantan con los rumores de sus náyades risueñas y la plácida serenidad de la vida agreste y las dulces satisfacciones del reposo, son el ideal moral de la existencia, el bien que perseguimos afanosos; como lo son del alma la consoladora tranquilidad de la conciencia—*integer vitæ scelerisque purus!*—la estoica conformidad por las contrariedades dolorosas, las fruiciones sin excesos en las horas fugaces de las alegrías; el sentimiento de la gratitud para con la amistad bienhechora; el culto de la memoria paterna—del padre querido que nos dió la vida y educó nuestra alma—*purus et insons fuit causa pater;*—y el reconocimiento levantado hacia la suprema bondad de los dioses y la sumisión resignada por sus altos y siempre benéficos designios!

Ese es el bien moral y, ese es Horacio.



No dejaría concluído este rápido esbozo de Horacio si no me ocupara también de la impor-

tancia de algunas traducciones en verso castellano hechas en España por poetas de conocido renombre ó de las versiones sueltas hechas en el Continente é insertas en la popular colección del erudito escritor D. Marcelino Menendez Pelayo.

Condensaré muy brevemente mi opinión sobre ellas manifestando desde ya que es verdaderamente lamentable lo que con nuestro esclarecido poeta ha sucedido, hasta el punto de que si él pudiera leer lo que se denomina *Odas de Q. Horacio Flaco traducidas por ingenios españoles*, apenas si reconocería una que otra estrofa, tal es la chocante infidelidad con que se le ha exhibido en la península.

Por fortuna, la España cuenta con exéjesis concienzudas, con trabajos de interpretación sobre el mismo asunto, que en gran parte hacen olvidar las intolerables impertinencias de los traductores en verso.

Si me propusiera hacer un examen prolijo de las Odas vertidas al castellano, probablemente no se salvarían de una crítica bien fundada muchos versos. Será ello explicable si se cree en la buena fe del editor, deseo de enriquecer las lujosas publicaciones de la «Biblioteca Artes y Letras» con un libro que, siquiera por su volumen y por su tentadora exterioridad, llenase en los estantes el sensible vacío correspondiente á las Odas del famoso lírico de Venusia, pero en

homenaje á la respetable personalidad del poeta y al culto del arte antiguo, no es posible dejar pasar sin una severísima censura estas dolorosas mutilaciones que merecerían, si de la carátula no se borra el nombre generoso de Horacio, la pena de aquellas ciudades bíblicas que no pudieron salvarse de la destrucción por el fuego porque en su recinto no se pudo contar siquiera diez justos!

Ya sé que no sería obra de recta justicia oscurecer el incuestionable mérito de algunas de las composiciones coleccionadas: ya sé que las hay verdaderos modelos de verso castellano, pero son más bien producciones propias en las que el traductor se torna autor y modela su pieza según los impulsos de su propio talento y con el tema que el original suministra. Ahí está lo primero que recuerdo, la Oda *á mi Lira*. Eso es insuperable, pero algo más de la mitad no es de Horacio.

Fray Luis, Javier de Burgos, Leandro y Nicolás Moratín, Argensola, Villegas, Micheo, y especialmente Bello, hacen gala de su particular ingenio y no reflejan — como en la Oda *A la República* de que he de ocuparme por mera muestra — el fondo limpio del pensamiento ó de la inajen horaciana como es deber del traductor que en su tarea de franca y leal fidelidad, está obligado muchas veces á hacer el sacrificio doloroso

de la belleza castellana en homenaje á la verdad.

Ya he dicho que éste, como todos los grandes poetas, son intraducibles en la acepción rigurosa del concepto y que mejor es tomarse el trabajo de aprender siquiera algo del idioma original y hacer estudios prolijos del texto;—dejarlos reposar entre los resplandores de sus glorias inmortales, sin atentar contra su integridad de forma y de fondo—pero una vez abordada la tarea de la reproducción en diverso idioma, aún cuando solo nos mueva el mero propósito de ocupar el espíritu en los ratos abrumadores del ocio y del cansancio intelectual, es menester procurar toda la aproximación posible y, sobre todo, desechan el injustificable sistema de las interpolaciones frecuentes que, como es natural, desnaturalizan el trabajo, corrompen el arte, falsean las cosas y destruyen los contornos históricos de las grandes eminencias, como en este caso, de la poesía y del arte en general.

Vuelvo á confesar ingenuamente mi culpa, pues yo sé que el perfume delicado que el gran lírico encerrara en las purísimas estrofas de sus cantos—ánforas seductoras de corte griego!—no puede ser traspasado á otro vaso sin fatales evaporaciones. Miro mis versos y los del latino y entonces siento en el alma el angustioso desconsuelo de las distancias infranqueables—me parecen

flores que han doblegado su tallo é inclinado tristemente sus corolas marchitas y que apenas si exhalan como en suspiros de moribundo, los últimos efluvios de su blando perfume.

Bueno, pero al fin en lo mío, si no el alto y poderoso ingenio de aquellos ingenios españoles, al menos el amor al poeta, «*il grana'amore che m' ha fatto cercar lo tuo volume,*» me ha inhibido de incurrir en irreverentes bastardeamientos. En lo mío—puede verse—el tallo doblegado é inclinada la corola marchita, al fin es la flor del poeta, al fin es el mirto de sus sienas, los pámpanos de sus parrales lujuriosos, los tallos flexibles de sus tilos, las hojas de sus robles seculares, las ramas de sus pinos póntricos, la fronda de sus sauzales amarillentos, la guirnalda de sus laureles simbólicos, el fruto de sus olivos sagrados, el follaje de sus enhiestos olmos y de sus viejos cipreses—mústio todo, seco todo, pero algo he conservado, siquiera el polvo emocionante de las reliquias y eso me consuela y satisface por más que Horacio siga siendo Horacio y la traducción, la traducción!

Por qué, preguntará cualquiera, donde el poeta puso con tierna solicitud un pimpollo de sus rosales se ha de colocar un tulipán de nuestros salones? Por qué donde él puso una zagala candorosa se ha de poner una *señora* como en la Oda á Lydia? Donde él quiso arrojar flores sil-

vestres se le ha de hacer jugar al corso con bandejas de camelias? Donde él habló para la tierna Fidila se le ha de hacer hablar para un señor *Minardo*, bastante desconocido? Cuando él fustigó con su vibrante anatema las pérfidas bellezas de Barina se ha de prestidigitar el título á la Oda para poner muy frescamente: *A Lamia?*

Por qué en la Oda á *Torcuato* se le añade un pegadizo incomprensible con voces de *fuego! fuego!* como si de apagar algún incendio se tratara, con todos los elementos de un cuerpo de bomberos modernos? Por qué, en fin para no empalagar al lector, al rubio adolescente Ligurino se le cambia de una plumada lo que menos se le podría cambiar: el sexo! Y sale hecho el pobre una Ligurina coqueta de nuestros tiempos—que por algo el poeta habla de *Iícidas*—varón—y de Ligurino, también varón!

Adios flores del poeta, adios mirto de sus sienes, pámpano de sus parrales y tallos de sus tilos y ramas de sus sauces y coronas de sus laureles—sustituídos por tulipanes, floripondios, margaritas y melocotones! Bellísimas deben ser esas zagalas de tontillo y peinado alto que exigen el tratamiento de *señora* y labradores de bota y galanes de galera y, Horacio mismo—qué lira, ni lira de Apolo — con una guitarra churrigueresca con flecos y cascabeles de carnaval!

De la alegoría *A la República*, D. Andres Be-

llo ha hecho una Oda enteramente nueva. Quiero parangonar la que exhibo ahora con la del renombrado escritor venezolano para poner de relieve los abusos de esta última. Ello, como se verá, es incomprendible.

Escogeré tan solo una estrofa para no hacer demasiado ingrata, por lo extensa, la demostración, advirtiendo que el resto del canto puede, estrofa por estrofa, ser objeto de análoga crítica.

Dice Horacio dirigiéndose á la nave alegórica:

O quid agis? Fortiter occupa
Portum. Nonne vides ut
Nudum remigio latus?

«Qué haces, nave? Vuelve tenaz al abrigo del puerto! No ves que tus bordas ya no tienen remos?»

Y la traduzco así:

Oh nave, qué haces? Presurosa torna
Del puerto al dulce abrigo,
No ves que de tus bordas la borrasca
Los remos ya ha barrido?

Y el traductor citado:

Ah! vuelve que aún es tiempo
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Como se ve en todo ello no hay más que el verbo *vuelve*; el resto es agregado gratuito.

Incuestionablemente más fiel es la de H. Torres aparecida en la *Revista Calasancia* de Noviembre de 1891, por más que se le pueda reprochar alguna notoria rudeza en sus versos.

¡Oh Nave, al mar de nuevo? Nuevas olas
Te llevarán! Oh, que haces?... En el puerto
Agarra fuertemente. Tu costado
¿No ves que está sin remos?
Del Abrego veloz enfermo el mástil
Que las entenas gimen, que al soberbio
Mar ya no pueden, sin los duros cables
Contrarrestar los leños?

Pero, la simple imitación de D. Pedro Peralta inserta en la página 66 de los *Monumentos literarios del Perú*, impresa en Lima en 1812—ejemplar que fué de D. José de San Martín—es sin duda mejor que la de Bello. (1)

SONETO ALEGÓRICO

Nave velera que zurcando altiva
El piélagos profundo, hoi á mis votos

(1) El autor agradece al deferente anónimo que ha querido remitirle tan preciosa joya, como asimismo las bellas y elojiosas palabras con que la acompaña.

Te restituyes con los remos rotos
 Al puerto donde triunfes y yo viva:
 Defiéndate la playa compasiva
 De los furiosos y arreciados notos
 Y abandonando ya mares remotos
 No esperimentes más su zaña activa.
 No fies en tu nombre celebrado
 Ni en tus heroicos altos vencimientos,
 Puesto que al cielo tienes irritado,
 Reforma tus altivos pensamientos
 Que si no vuelves á tu humilde estado,
 Vendrás á ser ludibrio de los vientos!

Pero, quiero aceptar una versión de las menos
 infieles. La de Burgos, intitulada *Retractación*. *O*
matre pulchrâ.

O matre pulchrâ filia pulchrior
 Quem criminosis cumque voles modum
 Pones iambis, sive flamma
 Sive mari libet Hadriano.

«Oh hija más bella que tu madre bella, haz lo
 que se te antoje con mis criminales yambos, en-
 trégalos á las llamas ó á las olas del mar Adriá-
 tico.»

Y traduzco.

Hija más bella que tu madre bella
 Haz lo que quieras con mis crueles yambos

Arrójalos al fuego—que los quemel
O al abisino insondable del Adriático!

Y Burgos.

Calma tu enojo ciego
Hija, más que tu hermosa madre, hermosa;
Mi sátira injuriosa
El mar la tragueó la consuma el fuego.

Puede verse que el primer verbo es meramente interpretativo, no está en el original por más que esté entre líneas. Donde se halla inserto es en la penúltima estrofa: *compesce mentem* y allí lo poné nuestra versión: reprime tus enojos.

Por otra parte, yo no sé para qué ir á buscar un verso de tanta dureza y de tan pesado giro como el *hija, más que tu hermosa madre, hermosa*, cuando el modelo proporciona todo lo apetecible: *hija más bella que tu madre bella; o matre pulchrâ filia pulchrior*. Más literalmente no es posible traducirlo en un endecasílabo completo.

Ha olvidado Burgos una porción bellísima de tan expresiva estrofa, aquella en que el poeta en los nobles movimientos de su ánimo arrepentido, le dice: *quem criminosis cumque voles modum pones iambis*—dispón á tu antojo de mis culpables yambos.

En la Oda à Chloe, el mismo escritor suprime el *Gatulesve leo* y agrega: ó tigre *que acosa el hambre*. El bellissimo, inimitable:

Tandem desine matrem
Tempestiva sequi viro.

Lo vierte así:

En sazón para un esposo.
De seguir deja á tu madre.

No es propiamente *esposo* lo que esa palabra *viro* relacionada con sus antecedentes significa. Por eso, he tratado de conservar la idea que el poeta quiso expresar.

A tu madre abandona—que ya es tiempo
De gustar el placer de los amantes!

Se halla algo del original en la traducción de la Oda á Leuconoe, atribuida á Góngora?

Dum loquimur fugerit invida
Ætas, Carpe diem, quam minimum credula postero

«Mientras hablamos huye rápido el tiempo.
Aprovecha el día presente y fíate poco de los
que vendrán.»

«El tiempo huye; lo que más te importa
Es no poner en duda tu provecho:

Coge la flor que hoy nace alegre, ufana
 Quién sabe si otra nacerá mañana!

Como se ve el original nada de eso dice.
 Fray Luis hace lo que quiere con la Oda á
 Lydia.

Felices ter et amplius
 Quos irrupte tenet copula, nec malis
 Divulsus querimoniis
 Suprema citius solvet amor die!

Que yo traduzco:

Feliz tres veces quien gozar alcanza
 Incorruptible unión, libre de afanes
 Feliz si Amor nuestra envoltura deja
 Solo en el día del supremo trance!

Es evidente que mucho falta de las tocantes
 bellezas del maestro, pero, sin duda, algo hay
 de lo que el poeta vació en sussonoras estrofas.
 Pero, qué es lo que hay en esta versión del in-
 signe Fray Luis?

Oh dichosos amantes
 A quien prendas de amor puro y sincero
 Entre sí tan constantes
 Tiene con un amor tan verdadero
 Cual no será rompido

En cuanto al cuerpo el alma habrá regido.

Con entera razón, Menéndez Pelayo decía que en las traducciones del eminente fraile abundan no sólo los versos flojos y las frases desmayadas, sino las torcidas inteligencias del sentido.

Mas, no puedo ya detenerme, pues me vería forzado á parangonar estrofa y estrofa, verso y verso, tarea que libro á los concedores del texto latino, seguro que el balance ha de arrojar—del punto de vista del concepto especialmente—un saldo considerable á mi favor.

Lo que lamento es haber emprendido esta tentativa de versión en los ratos de descanso, como ya lo tengo dicho, sin ánimo de entregar el trabajo á la publicidad y, por lo mismo sin haber siempre observado toda la severa escrupulosidad que hubiera podido y debido.

Rehacer algunas Odas castellanas en otro metro habría sido para mí una tarea enojosa. Soy en ésto partidario decidido del *non bis in idem*.

Que este modesto ensayo, sincera manifestación de mi culto por las supremas bellezas del arte antiguo, no sea indigno de las glorias perdurables del famoso venusino que, bien pudo escribir para sí mismo aquel emocionante *non omnis moriar*—no he de morir del todo! de la Oda á *Melpómene*, y este verso lapidario que la posteridad ha de recoger justiciera para consa-

grarlo de edad en edad hasta las más remotas generaciones: «he concluido un monumento más duradero que el bronce!»

Exegi monumentum ærè perenniùs!

Oswaldo Magnasco.

ODAS



CÁSI NÚBIL, ⁽¹⁾

A Lalage

Nondum subacta

Oh no podría resistir su cuerpo
Fogoso empuje ni pesada carga!
Es tan tierna Lalage!.. Oh nó, no puede
Doblar al yugo su cerviz tan blanda!

Mas ya asoma la edad; por eso anhela
El prado virjen ó al arroyo cae
A templar en los sauces sus ardores
O á triscar entre alegres recentales.

(1) El primer título es del traductor. En vez de preceder la oda con dos ó tres líneas de explicación, como lo hacen la generalidad de los intérpretes y traductores, me ha parecido mejor tratar de condensar en un breve título el pensamiento informativo de cada composición.

Calma, calma tu afán! No está aún maduro
El pálido racimo que el otoño
Con los cambiantes de su tibia lumbre
Bañará para tí en purpúreos tonos!

Entonces ella te querrá afanosa....
El tiempo vuela y le habrá dado todo!
Entonces sí que con mirar ardiente
Buscará un compañero á su alborozo.

Más amada será que Phóloe huraña
Y más que Chlóris la del albo seno
Que resplandece como luz de luna
En la alta noche sobre el mar desierto!

Y más que Gígues, si entre bellas mozas
Le veis mezclado, los cabellos sueltos,
Y á quien el rostro tan ambiguo haría
Al más sagaz equivocar el sexo! ...

CÉLOS

A Lydia

Cum tu, Lydia,

Cuando ensalzas el cuello sonrosado
O el brazo alabastrino de Telepho,
Me arde la bilis, se me inflama el hígado,
Y de mi cráneo se apodera el vértigo!

Se torna incierta la color del rostro,
El llanto nubla la feroz pupila,
Mientras adentro un implacable fuego
La inquieta entraña sin piedad calcina!

Ah qué amargo dolor si tu alba espalda
Salpica el vino de la fiesta innoble
O si el mancebo con lascivo diente
Deja en tu labio las señales torpes! . . .

Si quisieras oirme! . . . Nunca esperes
Constante amor en bárbaro tan rudo,
Que Venus, en el beso que él te diera,
La quinta parte de su néctar puso!

Feliz tres veces quien gozar alcanza
Incorruptible unión, libre de afanes! . . .
Feliz si Amor nuestra envoltura deja
Solo en el día del supremo trance!

« *APROVECHA LOS AÑOS* »

A Leuconoe

Tu ne quæsieris,

Oh no lo escrutes—que te está vedado —
El término fatal que á nuestra vida
Los dioses impusieron! Ni interpretes
De Babilonia misteriosas cifras!
Vale más al Destino resignarse
Y si Jove el favor de largos días
Generoso nos da—ó si este invierno
En que las olas del Tirreno pican
La negra roca con furor estéril
Fuere el último invierno de tu vida,
Sabiamente tus años aprovecha
Y á tu corto vivir, prudente brinda
También corta esperanza! De tus ánforas
El vino reservado clarifica;
Mira que el tiempo, mientras hablamos, raudó
Del pasado al abismo se encamina!
Goza las horas del presente—y siempre
Del incierto futuro desconfía!

DÉCEPCIÓN

A Ligurino

O crudelis adhuc

Oh cruel mancebo tan pagado ahora
De las gracias que Venus te donára,
Ya verás cuando el vello te sombrée,
Ya verás si concluye tu arrogancia!

Ya verás cuando caiga esa tu blonda
Cabellera que ondula en tus espaldas,
Y esa púrpura suave que hoi da envidia
Al blando tono de las rosas claras!

Ay, Ligurino, cuando el terso cutis
Esté erizado con hirsuta barba
Y al mirarte al espejo te contemples
Sin el tesoro de tus muertas gracias,

Has de decirte con mortal angustia:
—«Por qué no pienso cual pensé en la infancia?
Y por qué mi mejilla de otro tiempo.
Al pensamiento de hoy ya no acompaña?»

INVOCACIÓN

A Fauno

Faune, Nympharum,

Amante de las Ninfas fujitivas
Ven sin enojos hasta el campo mío
Y al alejarte, tu favor alcance
Al rebaño tiernísimo que cuidol

Al espirar el año, te consagro
El cabrito más nuevo en sacrificio;
En el ánfora, amada de los dioses,
Reluciente desborda el claro vino,
Y en grata ofrenda sobre el ara antigua
Olas de incienso embriagador te brindo!

Ah cómo huelga en el yerboso campo
Apacible el ganado, cuando el brillo
De Diciembre retorna venturoso!
Y sale entonces el labrador festivo
Hasta el prado en que vagan indolentes
Los bueyes del arado desuncidos!

Ya no teme la oveja al fiero lobo!
Te dán las selvas su follaje umbrío,
Y alborozado el labrador tres veces
Salta en la tierra que infeliz maldijo!

NUBILIDAD

A Chlóa

Vitas hinnuleo

Por qué, Chlóa, me esquivas como tímido
Cervatillo que busca en la montaña
El amor de la madre en sobresalto,
Recelando el rumor ledo del aura?

Y dobla pavoroso la rodilla
Si un blando soplo la espesura razga,
O si el verde lagarto sorprendido,
Presuroso se escurre entre la zarza?..

Acaso tigre ó león soy de Getulia?
Acaso tras de tí corro á matarte? . . .
A tu madre abandona!—que ya es tiempo
De gustar el plácer de los amantes!

MIRTO

Á mi esclavo

Persicos odi puer

Yo no quiero coronas enlazadas
Con tiernos tallos de flexible tilo!
La vana pompa de los Persas, odio,
Fámulo mío!

Vano es buscar en los rosales mústios
—Que el cierzo cruel se las llevó marchitas!—
Si mi guirnalda entretejer quisieras,
Rosas tardías!

Dilijente te sigo en tus afanes
De entremezclar el arrayán sencillo
Con otras flores. Dáme simples bayas
De verde mirto!

Que el mirto bien te queda, siervo mío,
Y á mi también, cuando á la dulce sombra
De tupida enramada, el néctar bebo
De uva pomposa!

EL ETERNO DESTIERRO

A Delio

Æquam memento

En los trances difíciles no olvides
De conservar inalterable tu alma,
Y cuida en la fortuna
De no librarte á inmoderados goces.
Has de morir, oh Delio,
Lo mismo si corrió toda tu vida
En perenne tristeza, ó si alejado
En el campo, pasaste la existencia
Muellemente tendido en blanda grama
Saboreando en las fiestas, venturoso,
Falerno reservado ! . . .
Allí do el álamo plateado enlaza
Su verde rama con el ancho pino,
Allí do la onda fugitiva tiembla
Siguiendo ansiosa la sinuosa orilla,
Manda que vinos y perfumes lieven
Y la efímera flor de los rosales,
En tanto tus negocios y tus años

Y el hilo oscuro de las tres Hermanas
Aún te lo permitan.
Que al fin has de dejar prados costosos
Y villas y palacios,
Esos que lamen las lucientes ondas
Del amarillo Tíber,
Y tus riquezas dejarás cuantiosas
Amontonadas hasta grande altura
Que al poder pasarán de un heredero!
No importa que seas rico ó descendiente
Del noble, antiguo Inaco,
O que pobre y de humilde cuna, vivas
En esta tierra ingrata,
Siempre has de ser de la implacable Muerte
Indefectible presa! . . .
Que todos vamos hacia el mismo sitio! . . .
Y de la urna fatal en que se ajitan
Los humanos destinos,
También, temprano ó tarde,
El nuestro ha de salir seguramente
Y entonces nos veremos colocados
En la barca sombría que conduce
A la mansión del eternal destierro!

RENACIMIENTO

Á Glicera

Mater sœva Cupidinum

La madre del Amor, cruel, implacable,
Y el hijo de la Sémeles tebana
Y la Lascivia voluptuosa ordenan
Que á mis muertos amores torne mi alma!

Cuando miro á la nítida Glicera
De suavísima tez, más pura y blanca
Que el albo bloque del luciente Páros,
Arde en mi pecho misteriosa llama.

Arde en mi pecho misterioso fuego
Si recuerdo el encanto de sus gracias;
Esta dulce insolente y sus hechizos
A los placeres del abrazo llaman!

Su Chipre abandonó Venus felice
Para entrar lujuriosa en mis entrañas;
Ya no quiere que cante al fiero Escita
Ni al Parto que huye y su bridón espanta!

Acá incienso, verbena y vino doble,
Acá fresco arrayán, traed esclavas,
Que quizá consumado el sacrificio
Mas clemente hacia mí venga mi amada!

*INVITACIÓN Á UNA COMIDA**Á Mecenas**Vile potabis modicis*

En copa humilde beberás, Mecenas,
De la Sabina un vino
Bien ordinario es cierto, más guardado
Con fraternal cariño
En los senos de una ánfora de Grecia
El día en que acojido
Con ruidosa ovación fuíste en el teatro,
Y el pintorescó río
Que baña el campo de tu noble stirpe
Y el Vaticano altivo
En sus orillas y en su amena falda
Repitieron unísonos
El eco sonoro del aplauso!
No beberás conmigo
El céculo oloroso que tu bebes
Ni el jugoso racimo
Esprimido en las prensas de Caleno,

Pues aquí en mi retiro
Bien sabes que en las copas no se escancia
Falerno :apetecido
Ni el que dan los collados de Gaeta,
El Fórmico esquisito!

FUGACIDAD DE LA VIDA

Á PÓSTUMO

Eheu! fugaces, Postume, Postume,

Ah cuán fugaces se deslizan Póstumo
Oh Póstumo los años!...No retarda
El sentimiento de piedad la arruga
Ni la odiosa vejez que nos alcanza,
Ni á la Muerte hasta aquí jamás vencida!
Nunca ablandaron á Plutón las lágrimas!....
Por más que le consagres fervoroso,
En el tiempo de vida que te falta,
Trescientos toros, día á día, todos
Los que vivimos esta tierra ingrata,
Sean reyes ó míseros pastores,
Tendremos que surcar las tristes aguas
Que al triforme Gerión y á Ticio oprimen!
No importa, nó, que en la feroz batalla
Escapemos á Marte sanguinario
Ni al fiero rebramar de la ola adriática;
Ni que el cuerpo en otoño preservemos
De la influencia del Austro desgraciada,

Que al fin hemos de ver aquel Cocyto,
El de las negras, perezosas aguas,
La infame stirpe de Danao y á Sísifo
Condenado á labor que nunca acaba!
Tendrás que abandonar tu fértil campo
Y el dulce hogar y la consorte amada! . .
Ni siquiera los árboles que ufano
Con solícita mano cultivabas
Seguirán á su dueño un solo instante
A no ser del ciprés la copa odiada!
Entonce un héredero afortunado
Gastará sin escrúpulo ni tasa
El céculo espumoso de tus cubas
Bajo cien llaves con amor guardadas,
Y del triclinio manchará el luciente
Pavimento, con vino que anheláran
Paladear los pontífices fastuosos
En las fiestas augustas de la patria!

PAISAJE

A la Fuente de Bandusia

O Fons Bandusiæ,

Oh Fuente misteriosa de Bandusia
Tu plácida corriente
Mas clara es y fulgente
Que diáfano cristal.
Riegue tu linfa deleitoso vino,
Arrójenle guirnaldas á porfía
Que yo he de consagrarte en mi alegría
Ofrenda sin igual

Quiero mañana dedicarte ufano
Un cabritillo tierno
Cuyo incipiente cuerno
Abulte su frontal,
A sus lides en vano Amor lo llama,
Vástago de lasciva prole, muera!
Que manche tu ribera
Con su sangre purpúrea y tu caudal

A la fronda opulenta de tu orilla
No alcanzan los rigores
De los crudos calores
Del sol canicular,
Tú brindas amorosa fresco asilo
Al toro desuncido del arado
Y al rebaño cansado
Que baja sus ardores á calmar.

Yo te haré célebre entre todas, Fuente
De Bandusia divina!
Yo cantaré á la encina
Que mira tu cristal,
A la alta encina que sus raíces echa
En las cóncavas peñas, do espumoso
Germina entre un murmurio melodioso
Tu límpido raudal!

PALLIDA MORS!

Á Sexto

Solvitur acris hiem

Del blando céfiro al susurro leve
Retorna engalanada Primavera,
Los campos rompen su corteza nívea
Y su barca el marino al agua lleva.

Ya no trisca el rebaño prisionero,
Ni el labrador junto á la lumbre huelga,
Ni del prado la sábana de escarcha
Su brillante blancura reverbera.

Al sereno fulgor de un plenilunio
Que el horizonte baña en luz serena,
El coro de las vírgenes hermosas
Dirije soberana Citeréa.

Púdicas Gracias y radiantes Ninfas ·
En cadencioso paso el césped huellan,
Mientras Vulcano con fulgores cárdenos
La fragua de sus Cíclopes incendia.

Ciñamos nuestra frente perfumada
Con verde mirto ó con guirnalda nueva,
Ahí tenemos las flores que nos brinda
De su desmayo al despertar la tierra.

Inmolemos á Fauno agradecidos,
En la blanda penumbra de las selvas,
Si él lo quiere, un tiernísimo cordero,
Si él lo quiere, una cabra la más nueva!

Ayl la pálida Muerte entra lo mismo
Del pobre á las cabañas indefensas
Que á las torres altivas de los reyes!....
Goza, oh Sexto, la rápida existencia!...

Que de una amplia esperanza el dulce halago
Esta vida fugaz gustar no dejal
De súbito sombría nos sorprende
La noche del horror—la noche eterna!

Entonces se abre de Plutón el reino
Y hasta nosotros el tropel se acerca,
El doliente tropel de los gloriosos
Manes que canta la inmortal leyenda!

Allí no has de libar á tu albedrío,
Lanzando el dado en la pomposa fiesta,
Ni la hermosura admirarás de Lícidas
El tierno adolescente que ora besas.

•

De Lícidas gentil, que nuestros mozos
Con ardores frenéticos anhelan
Y á quien pronto las vírgenes amantes
Con hondo afán murmurarán sus quejas!

*INVOCACIÓN**Á Venus**O Venus, regina*

Reina de Gnido y Paphos, dulce Venus,
Deja tu Chipre amada
Y á la pura mansión de mi Glicera
Acorre sin tardanza,
Que ella entre nubes de oloroso incienso
Por tí anhelosa clama!
Tus pasos seguirán el niño ardiente
Y las Ninfas gallardas.
Con la veste hasta el cinto desceñida
Las arrogantes Gracias
É irá también la juventud risueña
Que no es sin tí tan grata,
Y hasta Mercurio seguirá gozoso
Tu soberana planta!

*ELOJJO DE LA VIDA CAMPESTRE**Beatus ille qui procul negotiis.*

Dichoso quien de los negocios lejos,
Como el hombre en los tiempos más remotos
La heredad de los padres, con sus bueyes
Culiva sin afán avaricioso!

De la trompá el son cruel no le despierta
A alistarse llamándole á las filas,
Ni en la dulce quietud de su alma infunden
Miedo las furias de la mar bravía.

Huye del foro la algazara incómoda
Y de los ricos el umbral soberbio,
Más le placé enlazar la vid crecida
Del álamo frondoso al tronco enhiesto.

O se goza en mirar cual en el valle
Estrecho, muge la vacada suelta,
O se libra al trabajo de la poda
Buscando ufano ramazón más nueva.

A las mansas ovejas ya trasquila
O en limpio vaso rica miel esprime,
Y cuando Otoño de pintadas frutas
Su risueño atavío al campo ciñe,

Cómo goza en coger la pera ingerta
O el racimo de un púrpura envidiado,
Ofrenda que dedica á Priapo ardiente
Y á Silvano el guardián de los cercados.

O, si quiere, reclínase indolente
Al pié de un alto, corpulento roble
En el suave frescor de tierna grama
Do alegres brillan las silvestres flores

Mientras baja el torrente rumoroso
Besando la alta pintoresca orilla,
Y las aves quejosas de las selvas,
Y el raudal de las fuentes cristalinas,

Y el parlero susurro de sus ondas
Al deslizarse alegres, fugitivas,
Al reposo le llaman y él se entrega
De un grato sueño á la gentil caricia.

Y cuando Júpiter tonante envíe
Del invierno otra vez las inclemencias
Y asocie nieves y lloviznas crueles,
Entonces larga la jauría intrépida

Que al hosco jabalí do quier persigue
Arrinconándolo en traidoras trampas,
O parando su red en leve horquilla.
Glotonos tordos en bandadas caza.

Y á la liebre veloz, espantadiza, ;
Que en leve lazo aprisionar se deja,
Y á la extranjera, peregrina grulla,
La más preciada y deleitosa presa.

¿Quién así no olvidara los afanes
Que en un alma sencilla amor enjendra,
Si allí está la mujer anada, pura,
Que por la casa y por los hijos vela?...

Tal cual es la Sabina ó del Apulio
La diligente, infatigable esposa,
La de rostro tostado en las faenas
Bajo los soles de su ardiente zona?

El fuego sacro que la estancia entibia
De secas ramas llenará amorosa,
Mientras aguarda al marido que, cansado
A las dulzuras del hogar retorna.

Y ordeñará después túrgidas ubres
Encerrando el ganado en los corrales,
Y el ánfora abrirá de un vino nuevo,
Y sin comprarlos brindará manjares!

Ni las ostras famosas de Lucrino,
Ni el rodaballo ni el escaro célebre,
—Si alguno nos trajera el crudo invierno
Al revolver los mares del Oriente—

Ni el ave de Africa anhelada, tierna,
Al caer incitante á mi garganta,
Ni el francolín sabroso de la Jonia,
Más feliz y contento me tornaran,

Que la oliva jugosa, bien madura,
Arrancada á la rama más profícua;
Que la romaza—de la vega amante,
O que la malva—que el dolor suaviza!

O que el manso cordero consagrado
Al dios Término en grato sacrificio,
O que el tierno cabrito, del cruel lobo
Arrancado al traidor, voraz instinto!

Oh cuán dulce sería y cuán hermoso,
En tanto esos manjares saboreo,
Ver entrar las ovejas ya pastadas
Con tardo paso en el redil desierto!

Y la yunta de bueyes, fatigada
En la ruda labor del hondo surco,
Con cuello lánguido arrastrando apenas
Invertido el arado tan fecundo!

Y ver cual brilla en el hogar dichoso
Diligente un enjambre de esclavillos,
De esos que nacen en la propia casa
Y obligado cortejo son del rico!....

.. .. .

Después de hablar así Alfio usurero,
Futuro morador de la campaña,
El campo olvida, su dinero cobra
Y el mes entrante colocarlo aguarda!

JNMORTAL

A Melpómene

Exegi monumentum

Un monumento he concluído
Mas que el bronce duradero
Mas alto que las Réales
Pirámides del desierto!
Ni la lluvia roedora
Ni de Aquilón el aliento
Ni la serie de los años
Ni el curso veloz del tiempo
Podrán derruirlo! Del todo
No he de morirme! Por cierto
Que dejará mi sarcófago
Mucho de lo mío ileso,
Y mi gloria del presente
Acrecerá con los tiempos
Mientras la muda Vestal
Y el Pontífice subiendo
Al Capitolio prosigan!
Allá do ruge violento
El Áufido tempestuoso,

Allá en el mísero suelo
Do Dauno rigiera un día
A humildes, agrestes pueblos,
Ha de decirse que se hizo
—Aunque de origen modesto—
Esclarecido mi nombre
Y que en sublime concierto
Enlacé la poësía
Latina al eólico acento!
Préciate pues oh Melpómene,
De tan lejítimos méritos
Y ciñe mi cabellera
Con verde laurel de Déléfos!

RECONCILIACIÓN

Á Lydia

Donec gratus eram tibi

HORACIO

Más que el rey de los Persas fuí felice
Cuando tu almo cariño me alentaba
Y el brazo de otro amante predilecto
 Ardiente no ceñía
La pura morbidez de tu garganta.

LYDIA

Cuando no era tu Chlœe predilecta,
Cuando solo por mí tu pecho ardía,
Volaba el nombre de tu Lydia hermosa
 En alas de la fama
Más que el nombre inmortal de Rhea Silvia.

HORACIO

La tracia Chlóa me subyuga ahora;
Ah, cómo canta en su sonante liral
Por tan dulce mujer, si su existencia
 El Hado prolongára,
Yo mi vida gustoso rendiría!

LYDIA

A Caláis, el apuesto tarentino,
El mismo amor consume que á su Lydia;
Por tan gallardo mozo, si sus años
 El Hado prolongára,
Yo dos veces mi vida le daría!

HORACIO

¿Y si la Venus de mi amor pristino
Al yugo nos tornara de otros días?...
Si á la rubia gentil yo abandonase,
 A Chlóa la de Trácia,
Y mis puertas se abrieran para Lydia?

LYDIA

Aunque hermoso Caláis mas que un lucero
Y tú cual leve cáscara liviano
Y más que el mar Adriático, irascible,
 Vivir quiero contigo
Y contigo morir en dulce abrazo!

EL OJJO DEL VINO

A Quintilio Varo

Nullam Vare sacra vite

Allá del Tibur en la fértil vega
Al pié del muro que Catilo alzára,
Nada plantes, Quintilio, si primero
No pones en tu campo vid sagrada;
Que en sus altos designios, las Deidades
A quien no bebe rudos males guardan,
¿Cómo podremos ahuyentar angustias
Si solo el vino nuestra pena acalla?...
Solo con vino sobrelleva el pobre
De su pobreza la abrumante carga!
¿Quién á Venus gentil y al almo Baco
Llamar olvida en la congoja ingrata!...
Mas, conviene que nadie inmoderado
Del favor de este dios use sin tasa,
Que harto enseña la bárbara pelea
Que una torpe ebriedad desenfrenada
Promovió entre Centauros y Lapitas
Dejando tras de sí memoria amarga.

Y harto enseña la cólera implacable
Que Baco contra Trácios desatara,
Porque ellos, viles, en su afán grosero
De saciar su pasión desenfrenada,
De lo malo lo bueno dividian
Con irrisoria, imperceptible valla!
Oh Baco, nó, no he de violar tus leyes,
Ni provocar tus iras soberanas,
Temerario arrancando en pleno día
La oculta ofrenda que el misterio guarda
Entre la sombra del follaje vario
Y que nos brinda tu bondad probada!
Haz que el estrépito implacable cese
De la corneta berecintia ingrata
Y del tambor el fragoroso ruido
Que el alma llenan de funesta rabia!
Son su escolta el Orgullo soberano,
La hueca y torpe Vanidad, que alzada
Su cabeza vacía siempre lleva,
Y más que claro cristal, les sigue diáfana
La que á todos prodiga sus secretos
La Indiscreción estúpida y liviana!

ALEGORJA

Á la República

O Navis, referent

Otra vez arrastrada por el ímpetu
De la ola enfurecida!
Otra vez arrojada á la mar plena
Amada navecilla!

Oh nave, qué haces?.. Presurosa torna
Del puerto al dulce abrigo,
No ves que de tus bordas la berrasca
Los remos ya ha barrido?

No ves que el mástil ya crujió doliente
Y yace todo roto?...
Al fin rindióse á los embates rudos
Del Africo impetuoso!

Deshecho está el cordaje. No es posible
Luchar ya con el viento;
Mira cual lanzan las antenas frágiles
Crugidos plañideros!

Del velamen, girones solo quedan
Con rabia sacudidos!
Ni dioses tienes que implorar clementes
En tan atroz peligro!

En vano alegrarás tu noble stirpe
Y te dirás en vano:
Hija gentil de los pinares pónicos
Y de los bosques sacros!

Que acaso el nauta atribulado fía
Para ahogar su congoja
En la áurea imagen que esplendente luce
En la pintada popa?

Oh tú que otrora fuiste objeto amado
De mi más árduo empeño
Y ahora de mis hondas aficciones
Y de mi ardiente ruego,

Si tornar no deseas vil juguete
Del vendabal terrible,
Huye las olas que murmuran pérfidas
Allá en las blancas Cíclades!

IMPRECACIÓN

Á Chlóris

Uxor pauperis Ibyci

Tu vida de desorden licencioso,
Mujer del desgraciado Ibicio, deja;
Renuncia al fin el vergonzante oficio,
Que la tumba reclama ya tu huesa!

No te mezcles osada—que lo empañas—
Al coro de las vírgenes risueñas
Cual nublado sombrío que oscurece
La blanca claridad de las estrellas.

A tí no te acomoda lo que á Phóloe!
Esa tu hija lozana, abrir la puerta
Puede feliz de la mansión do mora
La juventud gozosa é inexperta.

Puede asaltarla sí, con el empuje
Que á la Bacante enardecida presta
El redoblar del tímpano sonoro
Con que ella misma su furor encrespa.

Que el amor por su Notho la alboroce:
Cual la cabra lasciva ardiente huelga,
Mas á tí, decadente, te conviene
El vellón esquilado allá en Lucéria!

Eso sí te hace falta y no la cítara
Sonora de las vírgenes risueñas;
No la rosa encarnada ni las ánforas
Que hasta las heces apurar se dejan!

A LA FORTUNA

O diva: gratum

Soberana Deidad que el Ancio ameno
Rijes, dispuesta en tu mudable arbitrio,
A cambiar su destino á los mortales,
Ya arrancando al humilde de sus sombras
O trocando los himnos entusiastas
De un inmortal triunfo
En plañidero grito de derrota,
A tí del campo el morador sencillo
Solícito dirige
Sus reiteradas preces;
A tí, reina del piélago bravío,
El nauta atribulado
Te invoca fervoroso
Cuando en frágil esquife, de Bitinia
Tornando ansioso, de riquezas lleno,
En vano bate la feroz borrasca
Y el mar Carpacio con su remo azota!

El Dacio cruel, el vagabundo Escita,
Ciudades y naciones,
El Lacio mismo, belicoso, altivo,

Las madres de los reyes orientales
Y el soberbio tirano
Que de púrpura augusta el manto viste,
Hondo temor te tienen
Y trémulos te imploran
Que no huelle tu planta soberana
La columna simbólica
De su real grandeza,
Y que el soldado, en dulce paz yacente,
No se alce fiero en sedición temible
Concitando iracundo los furoros
De la inconciente plebe
Para hacer bambolear imperio y trono!

Va delante de tí, desencajada,
La cruel Necesidad, en cuya diestra
De robustez de acero
El clavo de los trábales fulgura
Y el travesaño oscuro
Del poste abominable
Y el ominoso gárfio
Y el plomo hirviente del atroz suplicio!
Sigue radiante tu solemne curso
Anhelosa Esperanza,
Y ornada con el velo immaculado
De la ideal pureza
Fidelidad—tan rara en los mortales—
Con ardiente pasión tu talle enlaza.
Ellas te siguen en tu viaje eterno

Por más que cambies tu mudable veste
Y sea la de ayer alba y radiosa
En funeraria túnica trocada,
Y entonces indiferente desampares
El soberbio palacio
Do derramaste complacida, ufana,
Tus más preciados y copiosos dones!

Si el halago retiras de tus goces,
Ingrata huye de tí la turbamulta
Liviana y movediza;
La meretriz infiel también se aleja
Y el coro bullicioso
De pérfidos amigos desaparece,
—Que el yugo del dolor, ay! no soportan!
Y no acompañan al doliente amigo
Cuando del ánfora en el fondo exhausto
Solo las heces quedan!

Consérvanos, Fortuna, á nuestro Augusto
Ora que parte hasta el confín del orbe
A sojuzgar á los Bretones bravos!
Consérvanos piadosa el nuevo ejército
Entre viriles clases escojido
Que en breve ha de ir á estremecer Oriente
Y del mar Rojo á la apartada orilla!
Ah cuál nos llenan de vergüenza infanda
Los delitos que torpes cometimos:
Esa ominosa cicatriz que ostentan

Nuestros propios hermanos,
Triste recuerdo de civiles luchas!...
Ante qué crimen este siglo infausto
Vaciló alguna vez ó se detuvo?
De qué vil impiedad nos abstuvimos?
El temor á los dioses venerandos
Alguna vez paralizó la mano
De nuestra impía juventud sin freno?
Cual fué el altar que respetó su furia?...
.....

Tornemos presurosos
En otro yunque á retemplar la espada
En las contiendas fratricidas rota,
Y entonces iremos con aliento de héroes
A domeñar al Arabe altanero
Y al Masageta hipócrita!

OFRENDA

Á Diana

Montium custos

Oh bella virgen que los montes velas
Y los bosques umbríos! Triple diosa
Que el parto de las jóvenes presides
Y solícita calmas sus congojas;
Tú que al trance fatal las arrebatas
Si tres veces tu dulce nombre invocan,
Que el pino protector de mi morada
Dedicado te sea, oh Diana hermosa,
Y que al fin de cada año, en grata ofrenda,
Pueda yo consagrar á tu memoria
La sangre humeante de opulenta víctima
Que por el flanco ha de embestir traidora!

CAPRICHOS DEL AMOR

Á Albio Tibulo

Albi, ne doleas plus

Oh no te duelas Albio,
Recordando el olvido de Glicera,
Ni en doliente elejía
Lamentes la traición que cruel te hiciera
Prefiriendo inconstante
A otro mozo más joven y arrogante!

Ya ves cómo Licórida
La de exíguo frontal—por eso hermosa—
Arde en amor por Ciro
Que prefiere á Pholóe desdeñosa,
Mas antes que á comercio tan impuro
Pholóe su äлма abra,
Ha de unirse á los lobos de la Apulia
La trepadora cabra!

Así lo quiere Venus! . . .
Que á Venus siempre plugo
Almas y corazones refractarios
Doblegar bajo el mismo férreo yugo!

Yo, de otro amor, más digno
Ya me ves por Mirtale aprisionado,
Mirtale, una liberta,
Que me tiene á su amor encadenado
Y es más brava y furiosa
Que el mar Adriático al cortar en golfo
De Calabria la marjen rocallosal

IMMORTALIA NE SPERES!

Á Torcuato

Diffugere nives

Ya la nieve se fué y allá en la vega
Vivaz despunta la riënte grama;
Su agreste cabellera el árbol brota,
Natura toda ya su veste cambia.

Bajan los ríos su anchuroso cauce
Y sosegados á su lecho tornan
Dejando ver al decrecer sus aguas
La cinta agreste de la amena costa.

Aglaya la gentil, unida al coro
Gallardo de las Ninfas y las Gracias
Mórbido avanza su desnudo talle
Y esbelta empieza á dirigir la danza.



Fugaz el año que se va, y las horas
Que al almo día llevarán por siempre
Van advirtiéndote en su raudo curso
Que en esta vida lo inmortal no esperes!

El céfiro amoroso, las crudezas
Viene á templar del aterido invierno,
Y á su vez, Primavera, presurosa
Huye al Estío sus rigores fieros;

Y el Estío también nos abandona
Cuando Otoño pomífero se acerca;
Y después?... Otra vez el triste invierno.
Arido alzando sus opacas nieblas!



La blanca luna sus menguantes puede
Bien presto reparar y los repara,
Mas nosotros... nosotros, imposible!
Nuestros menguantes, ay! jamás se acaban!

Así, cuando bajemos á la lóbrega
Mansión donde el piadoso Eneas mora
Y Tulio el opulento y Anco Marcio,
Solo polvo seremos, solo sombras!...

Y á quien es dable el escutar osado
Si las Deidades justicieras quieren
Agregarnos el día de mañana
A los que ya vivimos, ay! tan breves?...



Acuérdate que solo lo que damos
Al ardiente gozar de la existencia
No irá á la mano codiciosa, ingrata,
Del heredero que avariento acecha.

Así, cuando tus párpados se cierran
Y el grave Minos su alto fallo dicte,
Tornarte no podrán ni tu elocuencia
Ni tu piedad ni tu preclaro origen.

Acuérdate que Diana al casto Hipólito
Salvar no pudo del oscuro Imperio;
Ni del triste Leteo á Piritóo
Pudo esforzado libertar Teseol



EN EL LUCRETILLO

Á TÍNDARIS

Velox amœnum sæpè Lucretilum.

Ufano deja su guarida sacra
Y á mi agreste heredad del Lucretilo
Saltando acorre presuroso Fauno
A velar por los míos.

En los crudos rigores de la siesta
A mis ájiles cabras presta asilo,
Y del cierzo implacable y la llovizna
Las protege benigno.

Seguras pacen el hojoso bosque
Estas hembras de fétidos maridos,
Husmeando errantes en la verde alfombra
El oculto tomillo.

A la verde culebra no recelan,
Ni del lobo traidor el cruel instinto,
Del fiero lobo consagrado á Marte
Que ronda los apriscos.

Porque vibrante por doquier resuena
Del dios campestre el blando caramillo
Cuyo son melancólico repiten
Las piedras del abismo.

Mi ameno numen á los dioses place
Y ellos me prestan confortante auxilio
Ven, amada mujer, á la riënte
Mansión del Lucretilo!

Que Abundancia opulenta aquí ha de darte
De su cuerno manjares escojidos,
Y á manos llenas colmará tus ánsias
Con dones esquisitos!

No has de sufrir aquí en mi umbroso valle
El rayo abrasador del sol de estío;
Y pulsando la lira sonora
De Anacreonte divino,

Cantarás de Penélope virtuosa
Y de Circe hechicera su intranquilo
Amor apasionado por Ulises
Y sus celos altivos.

Después apurarás en ámplio vaso
Néctar de Lesbos—generoso vino!—
Reclinada á la sombra misteriosa
Del bosque tupido.

Con Lesbos, Baco no querella á Marte,
No habrá reyertas con tan suave vino!
Ni temas que sus manos temerarias
 Tu amante vengativo

Sobre tus albas carnes ponga airado:
Que no ha de deshojar ese tu Ciro
La corona gentil que orla tu frente
 Ni razgar tu vestido!

GLORIA

Á Mecenas

Non usitata nec tanui.

Las alas que me lleven
A mi, biforme vate,
A la región etérea
Vulgares no han de ser,
Ni frágiles—que entonces
Huyendo de este suelo
Y sus ciudades míseras
La envidia venceré!

Amigo me llamaste
Mecenas generoso
Por más que de linage
Tan pobre fuera yo.
No he de morir del todo,
Ni las sombrías aguas
De Estigia han de oprimirme
Con un olvido atroz!

Ya en mis extremidades
La piel tórnase ruda
Y en ave blanca cambio
Mi parte superior!
Y mis espaldas débiles
Y mis rugosos dedos
Comienzan á poblarse
De blanda plumazón!

Yo he de cernirme raudo
Más que Ícaro, por sobre
Las sirtes de Getulia
Y el Bósforo aullador,
Y aclamarán el nombre
De este canoro cisne
Los campos apartados
De la boreal región.

Lo aclamarán la Cólquida
Y el Dácio, cuyo espanto
Oculto á las itálicas
Legiones. Cantarán
Mis versos el lejano
Gelón, el sabio Ibero
Y el que su sed del Ródano
Apaga en el cristall

No quiero yo: salmodias
Ni pompas funerales
Inútiles y vanas!
No quiero yo el pesar
Hipócrita, ni torpes
Lamentaciones huecas!
Oh no lleneis mi tumba
De tanta vaciedad!

ANHELOS

Á Neóbule

Miserarum est, neque amori

Cuán triste es no jugar con los Amores,
Ni poder ahogar en dulce vino
Los rudos males de esta vida mísera!
Cuán triste es la tutela de un cruel tío
Y vivir resignada á sus reproches,
Mientras de Venus el alado niño
Por arrancarte, generoso lidia,
Al trabajo monótono del hilo
Y á las labores que Minerva próvida
Ampara con su honor y su prestigio!



Tú suspiras, oh Neóbule, por Hebro
El gallardo mancebo de Lipara,
Que en las ondas del Tíber color de oro
Hunde risueño su luciente espalda
Y es más hábil ginete que el ginete

Inmortal que á Pegaſo domeñara!
Nunca fué puſilánime ſu puño,
Ni perdió en la carrera ſu alta fama;
Diestro ſiempre en lanzar el dardo agudo
Sobre los ciervos, que en llanuras amplias,
Medrosos huyen en montón veloces,
Y en ſorprender con perſpicaz mirada
Al jabalí que el pánico ſepulta
En la maleza impenetrable y áspera!

CORRUPCIÓN

A los romanos

Delicta majorum immeritus lues

Sin merecerlo expiaréis, Romanos
Los crímenes odiosos
Que vuestros padres cometieron crueles,
Mientras no repareis del alto templo
Las ruinas bochornosas,
Y las casas augustas de los dioses
Tambaleantes ostenten
Las sagradas imágenes
Por súa costra de humo ennegrecidas
Y á irreligiosa incuria abandonadas!

El orbe dominais, porque en la excelsa
Potestad de los dioses
Creisteis reverentes;
Los dioses son la fuente inagotable
De todo lo creado,
Y en su sér inmortal está, el secreto
Del éxito y la glorial

Pero ya tan vilmente despreciadas
Las Deidades decretan vengadoras
Castigos pavorosos
A Italia dolorida!...
De Pacoro las huestes formidables
Y de Moneses el guerrero impío,
Ya por segunda vez vuestras intrépidas
Legiones arrollaron.
Y ahora ostentan—cubríos de vergüenza!—
En su tosco collar vuestros despojos!

Lacerada la entraña dolorida
Por hondas sediciones
Está la Roma de las grandes glorias!
Del triunfo los cantos entusiastas
Ya no vibran para ella.
Que ora son para el bárbaro sañudo!
Son para el Dácio y el Etiope fieros:
El Etiope temible por su flota
Y el Dácio invicto en la campal pelca
Por su destreza en arrojar el dardo!

Este siglo fecundo en oprobiosos
Crímenes sin ejemplo
Manchó primero con su aliento inmundado
El lecho de la casta desposada;
Sopló después la ráfaga inclemente
En el dulce interior de los hogares
Que de casta virtud fueran dechados

Y el germen corrosivo
Implacable alcanzó á la raza toda!....
Por eso, decadentes pueblo y patria
Extenuados devoran sin remedio
Los males de una mísera existencia!

Destella apenas en la núbil virgen
El incierto alborear de las pasiones,
Que ya ostenta con lúbrico deleite
Su vergonzante afán por la impudicia!
Miradla, cual se goza
Si alguien la enseña las cadencias torpes
De las Jónicas danzas tan impuras!
Miradla, ya hace gala
Del arte vil de retorcer el talle!
Ahora sueña en impúdicas orgías
Y en los albores de la edad primera,
Precoz en lujuriosos devaneos,
Ya soñaba en amores incestuosos!

Miradla en los domésticos festines
Que el esposo celebra:
Avara busca los deleites crudos
Del más torpe adulterio
En las filas de jóvenes casados!
Tan abyecta está ya, tan pervertida,
Que no elige la cínica al amante
Con disimulo hipócrita,
Ni quiere hacerle compartir el goce

De su sensual bajeza
En oculto retiro
O al amparo discreto
De la nocturna sombra, encubridora
Del vicio abominable—
Que impudente levántase tranquila
Presente allí el esposo,
Cómplice vil de la brutal afrenta,
Y á un expresivo gesto
De cualquier mercadante aventurero
O de dueño de naves españolas,
Impávida revuélcase allí mismo
Y su carne les vende
Que ellos pagan á precio estimulante!

Oh! no era descendiente
De aquella raza vil de antepasados
La juventud gloriosa de otros tiempos
Que en cien encuentros rudos
El anchuroso píclago tiñera
Con sangre de Cártago!
La juventud gloriosa de otros tiempos
Que á su carro triunfal atára á Pirro
Y domeñara á Antíoco potente,
Y al más cruel enemigo de la patria
Al sanguinario Aníbal
Que la heroica legión inolvidable
Que obrara esas proezas
Era prole robusta

De rudos labradores, cuya vida
En sobriedad austera deslizaban
Manejando el arado
Y el azadón sabino!
Una madre inflexible
Modelaba severa sus costumbres,
Y ellos iban sumisos hasta el monte
Y empuñaban el hacha del montero
Acarreando ardorosos
La generosa astilla
Con que encendían del hogar la lumbre,
A la hora melancólica
En que el sol perezoso se ocultaba
Tras los picos audaces de los montes,
Y al desplazar la sombra
De la negra montaña
Ufano el campesino desuncía
A la yunta cansada en las labores
Generosas del surco!
Bajaba al fin del luminoso carro
El refulgente Febo
Y la hora llegaba silenciosa
Del reposo anhelado
Para tan sobria y tan sencilla gente!
.....
.....
Qué no desgasta destructor el tiempo?
Nuestros padres, que en vicio superaron

A sus antepasados corrompidos,
A luz nos dieron á nosotros, peores!
Y ha de tocarnos—infelice suerte!—
Engendrar una raza
Mas viciosa y perversa todavía!

DECADENTE

A Lydia

Parcius junctas quatiunt!

Ah cuán tardas ahora las cerradas
Hojas de tu ventana se abren, Lydia,
Al llamado, incesante en otro tiempo,
De la proterva juventud perdida!

Ya no perturban tu dormir los mozos!..
Y las puertas que otrora se movían
Blandamente en sus goznes, aman ahora
Del umbral la desierta compañía!

Menos y menos vas oyendo aquella
De los galanes anhelosa cuita:
—«Estás durmiendo?...mientras yo en la larga
Noche me muero por tu amor mi Lydia?»

En solitario callejón estrecho
Hoy que estás vieja y ruín te espones mísera,
Al silbador azote de las ráfagas
Que traen los vientos de la Tracia frígida.

Al silbador azote de las ráfagas :
De las noches sin luna, en que mendigas
Afanosa un cariño al libertino
Que desdeñoso y sin piedad te esquiva!

Entonces loca rabia de lujuria,
El furor de la yegua enardecida,
Roe implacable tu doliente entraña,
Y á la ardorosa juventud fulminas

Porque prefiere la lozana yedra
Y el mirto oscuro á la hojarasca lívida,
A la hojarasca consagrada al Ebro
Eterno amigo de las brumas frías!

LIBACIÓN

Á mi ánfora

O nata mecum

Oh tú que como yo viniste al mundo
En el tiempo feliz del cónsul Mánlio,
Traigas riñas ó juegos ó pendencias,
Dulce beleño ó amorío insano,
Tu seno pródigo abundoso guarde,
Piadosa ánfora mía, rico másico,
De ser servido digno en la alta fiesta
Y en los días solemnes paladeado!

Mana copioso—que Corvino ordena—
El blando néctar que la edad suaviza;
No temas su desdén por más que á Sócrates
Y á su sobria enseñanza culto rinda.
¿No cuenta acaso popular leyenda
Que un claro vino retempló la fibra
Varonil de Catón y su famosa
Legendaria virtud mantuvo viva?..

En los pliegues del alma acongojada
La grata luz de la alegría enciendes;
Si bebe el sabio, se acabó su duda
Y sus secretos divulgó inconciente;
A la ansiedad mortal, consuelo brindas,
Y al pobre, firme su valor mantienes,
Se ríe entonces de las furias reales
Ni el brillo augusto de la espada teme!

Festivo Baco, si la hermosa Venus
Brillar quisiera entre nosotros plácida,
Al vivaz resplandor de las antorchas
Y en ameno solaz con las tres Gracias
Que en perenne consorcio unidas viven,
Libarémos gozosos hasta el alba
Cuando á la riente claridad de Febo
Trémulas huyen las estrellas pálidas!

HIMNO

Á Diana y Apolo

Dianam teneræ dicite.

Oh tiernas doncellas cantemos á Diana
Cantad, oh mancebos, á Cynthio radioso,
Cantad á la amada de Jove dichoso,
Cantad á la dulce Latona feliz!
Ella ama las frondas parloras del bosque,
Ella ama las playas del Algido frío
Y aquel Erymanto de tono sombrío
Y el verde bosque del Crago gentil.

Alzad entusiastas acentos de gloria
Al Tempe risueño do Apolo naciera,
Cantad á la lira fraterna, hechicera,
Cantad su dorado, luciente carcaj;
Y entonces si escucha la tierna plegaria,
Al pueblo salvando y á César potente
De pestes y de hambre, de guerra inclemente,
En Persia y Britania las ha de aventar!

FALSA DICHA

Á Crispo Salustio

Nullus argento color est avaris.

Cuando en el suelo avaro yace oculta,
No tiene brillo la luciente plata,
Tan vil metal detestas oh Salustio,
Pues á tus ojos esplendor irradia
Tan solo con el uso moderado.
Ha de alcanzar edades muy lejanas
El Proculeyo aquel tan conocido
Por el paterno amor con que curára
De sus hermanos la indigencia triste,
Por eso agitará la eterna Fama
Su nombre generoso en el perenne
Raudo volar de sus lucientes alas!
Ampliarás mucho más tu grande imperio
Domando en tu alma la ambición avara
Que si unieras la Lybia tan remota
A las distantes gaditanas playas
Gobernando á las dos Cartago juntas!
Así el hidrópico es: su mal reagrava

Tratándolo indulgente con exceso;
No ha de apagar su sed, miéntras la causa
De su mal no destierre de las venas
Y el vicio acuoso que su cuerpo daña!...
Cuando el sólio de Ciro fué devuelto
A Fraates, la plebe equivocada
Le creyó entre la gente muy felice,
Más no así la Virtud que lo rechaza
Enseñando á los pueblos inconcientes
Que la riqueza es una dicha falsa.
Ella del cetro y la diadema cuida,
Ella cterno laurel discierne ufana
Tan solo al que con ojos impasibles
Contempla la riqueza amontonada!

AMOR QUE ENERVA

A Lydia

Lydia, dic, per omnes

Oh Lydia, te lo imploro por todos nuestros dioses,
Por qué á Sibáris pierdes con tu enervante amor?
Por qué del campo honroso de guerra ora se aleja,
Odiándolo por causa de tu querer traidor?

El que era para todas las inclemencias fuerte,
Por qué entre sus iguales—la juvenil legión—
Sus fuerzas no ejercita con ardoroso brío
Ni como otrora enfrena el gálico bridón?

Por qué ya no sumerje su cuerpo en las corrientes
Del amarillo Tiber y evita con temor
La sangre ponzoñosa de la traidora víbora
Y del sagrado olivo el jugo bienhechor?

Ya su pujante brazo no ostenta las señales
Honrosas de las armas que otrora manejó!
El, que era tan famoso para lanzar el dardo
O el disco que niuguno más lejos arrojó!

Por qué se oculta como de la marina Tétis
El hijo en la llorada caída de Ilión,
Huyendo el ejercicio viril que lo arrastrára
En las cohortes Lícias á la sangrienta acción?...

CÓLERA

Palinodia

O matre pulchrâ filia pulchrior.

Hija más bella que tu madre bella
Haz lo que quieras con mis crueles yambos,
Arrójalos al fuego—que los quemem!
O al abismo insondable del Adriático!

Ni la airada Cibeles, ni la Pythia
Que allá del templo en el recinto sacro
Enardece el espíritu del poeta,
Ni el alegre furor del rubio Baco,

Ni el agudo redoble del acero
Que frenético hiere el Coribanto,
Al mortal encegüecen y estravían
Cual de la cólera el funesto rapto!

La espada nórica ella acosa altiva,
No tiene miedo al mar ni á sus naufragios,
Ni al fuego arrasador ni al fragoroso
Trueno de Jove al retumbar en lo alto!



De Prometeo la inmortal leyenda
Refiere que amasára el lodo humano
Elijiendo partículas de todo
El resto de los seres ya creados

Y del león elijió la ira inclemente,
Y la encendió en el corazón humano!
Esa fué la que á Thieste desgraciada
Hundió por siempre en su destino amargo!

Esa cólera fué la que abatiera
La indomable fiereza de Cartago
Y de aquellas ciudades tan altivas
Que ora polvo de ruina son y espanto!

Impías las falanges vencedoras
Sembraron en su suelo horrendo estrago
Y después de derruir la alta muralla
Insolentes la hollaron con su arado!



Reprime tus enojos!...Envejezco!...
Esa sola es la causa de mi espasmo,
Por eso puse en mis culpables versos
Toda la bilis de un furor ingrato.

Mas ya quiero trocar mi negra rabia
En blanda suavidad y me retracto;
Yo retiro los versos injuriosos
Más tú dáme el amor que anhelo tanto!

TRANQUILIDAD

Á Aristio Fusco

Integer vitæ scelerisque purus

Cuando vive el mortal de dolo libre
No acosan su alma roedores miedos,
Ya por las Syrtes vague abrasadoras
Ya por el negro Cáucaso desierto,
O por aquellas fabulosas playas
Que lame Hidaspe en su correr eterno,
No necesita, Fusco, javalinas
Moriscas, ni arco ni carcaj repleto
De ponzoñosas y pesadas flechas!
Así cuando vagaba sin recelos
Por los bosques frondosos de Sabina
Cantando á mi Lalage, un lobo hambriento,
Al acercarme yo fugó medroso
Por más que me encontrára así indefenso!
Jamás la belicosa, cruel Daunía,
Nutrió mónstruos como ese allá en el seno
Sombrío de sus bosques anchurosos
De robles seculares, ni en el suelo

De Juba, de aridez fecunda en leones,
Nació una fiera de más cruel aspecto!

... ..

Llevadme hasta esas frías regiones
Do la rama jamás siente el aliento
Cariñoso de una aura de verano!
Hasta el confín del orbe, donde un cielo
De perennes neblinas os afiije;
Donde querais, llevadme—junto á Febo
Y á su carro de fuego rutilante
Y siempre entregaría mi hondo afecto
A mi Lalage, la de dulce risa,
A mi Lalage, la del dulce acento!

AMOR DE ESCLAVA

A Jantías el Fóceo

Ne sit ancillæ tibi amor pudori

No suba á tu mejilla el encendido
Color de la vergüenza
Porque vivas en dulce amor atado
A tu gallarda sierva,
Que otrora el valeroso, altivo Aquiles
De su esclava Briséa
La de níveo color, prendóse al punto.
La escultural Tecmessa,
La cautiva feliz del noble Ayace,
Enardeció hechicera
Al hijo mismo del valiente Télamon!
Y de pasiones ciegas
El alma varonil del fiero Atrida
Sintió la ingrata influencia
Por el encanto mágico inspiradas
De una gentil doncella
Robada al enemigo en los ardores
De una victoria espléndida,

Cuando el Tesalio con viril denuedo
Diezmaba sin clemencia
A la turba de bárbaros osados
Y Pérgamo, sin fuerzas
Por la muerte infeliz de Héctor intrépido,
Se entregaba indefensa
Al Griego, ya estenuado en los azares
De una porfiada bregal...
Al fin no sabes si tu rubia Philis
Es preclara heredera
De una estirpe de nobles genitores.
Ya ves cual se lamenta
Y á sus Penates irritados llora
Y á su ilustre ascendencia!
Oh nó, que tu adorada, dulce Philis
No es de baja ralea,
No puede haber nacido de una madre
Hundida en la vergüenza,
La que guarda á su dueño fiel estima
Y tiene hondas ternezas
Y por el lucro la aversión altiva
De las almas selectas.
Sus formas me lo dicen: tiene brazos
Que alabastro semejan
Y su rostro es oval y son rollizas
Sus buriladas piernas!...
No sospeches de mí, caro Jantías
Ni los celos te muerdan
Que hace tiempo que vienen gravitando
Sobre mí los cuarenta!

DULCE PELIGRO

A Baco

Quo me, Bacche

Oh tú que mi ser inundas,
A dónde me llevas, Baco?
A qué bosque, á qué gruta yo me siento
Por tí arrastrado?....



Qué extraña sensación agita mi alma?
A dónde á meditar iré? Hasta qué antro?
A meditar sobre la eterna gloria
De aquel insigne César no olvidado?

Yo he de decir lo que ninguno dijo!
Yo he de exaltar su nombre hasta los astros!
Y allí donde el Consejo esté de Jove
Allí yo he de llevarlo!



Así cual la Bacante vela inquieta
La cúspide del monte y desde el alto
Estática contempla el límpido Ebro
O aquel que la deslumbra, el níveo Trácio;

O el Ródope gentil, allá do asienta
El bárbaro su planta—así estasiado
Hollaré errante la desierta roca
Y el bosque solitario!



Oh todopoderoso éntre las Náyades
Y entre aquellas Bacantes cuyo brazo
Desgaja sin esfuerzo el alto fresno,
Déjame que te diga sin réato

Que fué siempre dulcísimo peligro
Seguir á un dios, en cuya sien, oh Baco,
Verdea eternamente una guirnalda
De reluciente pámpano!

AUREA MEDIOCRITAS!

A Licinio

Rectius vives, Licini,

Más sabiamente vivirás, Licinio,
Si la alta mar de apeteer te dejas,
O si medroso en la borrasca brava
La marjen desigual cauto rehuyeras.

Quien su dorada medianía estime
Y moderado en la ambición se muestre,
Ni habitará la choza de los pobres
Ni el ingrato palacio de los reyes.

Que el soplo de los vientos furibundos
Azota preferente el alto pino,
Y más altas las torres y soberbias
Del derrumbe más grave es el peligro.

También el rayo las alturas hiere!
Espera en la desgracia, sin enojos,
En la fortuna, desconfía—y siempre
Tendrás el alma preparada á todo.

Que si Jove nos manda el cruel invierno
También aparta sus crudezas Jove;
Si infortunado en el presente fueres,
No ha de brindarte el porvenir dolores!

Acaso Apolo justiciero tiene
En perenne tensión su arco temible?
Nó, que á veces despierta con su lira
El coro mudo de las Musas tristes!

Muéstrate en el dolor, fuerte, animoso,
Y cauteloso la amplia vela riza
Cuando el traidor halago se hinche túrgida
De un viento favorable en demasía.

DESENGAÑO

Á Pirra .

Quis multa gracilis

Quién el gallardo adolescente es Pirra,
Que en olorosos líquidos bañado,
Sobre rosas tendido, en riente gruta,
Ardoroso te oprime entre sus brazos?

Por qué la rubia cabellera enlazas
Con arte tan sencillo y tan simpático?...
Ah pobre niño! Cuántas veces triste
Llorará abrumadores desencantos!

Siempre fueron volubles las deidades!
Y él, inesperto, encontrará encrespado
Por implacables soplos de borrasca
El mar que otrora contemplára manso.

Ahora de oro te vé —y así te añhela,
Crédulo el pobre en su estravío insano,
Y piensa que jamás querrás á otro,
Y espera de tu amor eterno halago!

Oh no conoce la falaz caricia
Del céfiro inconstante y sus amaños!
Así infeliz quien candoroso entregue
Sincero amor á tu traidor encanto!

En cuanto á mí, ya tengo suspendida
Una tabla votiva en el santuario,
Harto enseña que guardo arrepentido
Mis ropas aún mojadas del naufragio!

INVOCACIÓN

Por Elio Lámia

Musis amicus, tristitiam

Amado de las Musas, abandono
A la furia implacable de los vientos
Temores y tristezas para hundirlos
Allá en el fondo de los mares críticos.

De Tiridates no me importa el pánico
Ni el despotismo del brutal monarca
Que gobierna en las frías riberas
Do el Arcto brilla con sus luces pálidas.

Gentil Pimplea, que el deleite buscas
En las límpidas fuentes, generosa
Para mi Lámia predilecto teje
Con flores del naciente una corona!

Que mi homenaje nada vale, Musa,
Sin tu fecunda inspiración divina:
Enzalcen su recuerdo tus Hermanas
Con plectro lesbico y flamante lira!

JUVENTUD

A Taliarco (1)

Vides ut alta stes nives

Mira Taliarco cual se yergue enhiesta
La cumbre del Soracta, el sacro monte,
Circundada de nieves fulgurantes
Cuyo frío abrumó el hojoso bosque.

Ya las claras corrientes no murmuran!
El hielo cruel las oprimió implacable!...
Amontona, Taliarco, blanda leña
Que el frío en torno de la lumbre váse.

Con mano pródiga en las copas vierte
El vino añejo de tu vid sagrada,
El suave vino que el oscuro seno
De tu ánfora sabina avaro guarda.

(1) Un tanto libre, pero conservando en lo posible el fondo del modelo.

Harán los dioses lo demás, Taliarco,
Vés? Ya no ruje la borrasca fiera
Implacable azotando la espumosa
Ola que rueda reluchando férvida!

Vés? Ya no sopla el vendabal furioso!
Que sus iras los dioses amansaron!...
Y al ciprés secular y al olmo enhiesto
No intenta indócil arrancar de cuajo.

No te preocupes del mañana incierto
Y acepta agradecido de los dioses
El alto beneficio que te acuerdan
Al darte un día más de vida y goces.

Hoi te sonrío juventud lozana,
Mézclate entonces en alegres rondas
Do en raudos giros, por amor movidas,
Jadeantes danzan arrogantes mozas.

Y en tanto adusta la vejez traidora
La flor de tu esperanza no deshoje
Ni el verde empañe de tu edad galana,
Acepta del amor los dulces dones.

Vé por la tarde, cuando luz dudosa
Del campo baña la extensión abierta,
Allá á las eras, do se eleva tímido
El dulce murmurar de las parejas.

En oculto retiro, allí sonriente ;
La moza en vano le disputa al mozo,
La prenda entrega al fin mal defendida—
Que cuando quiere, Amor se hace el bisoño!

REMINISCENCIAS

Á LÍCEA

Audivere, Lyce

Ya escucharon los dioses mi lamento!
Ya escucharon los dioses mi plegaria!
Cómo envejeces Lícea!. . Y siempre anhelas
De la hermosura conservar las galas?

La torpe libación, la fiesta impúdica,
Son los placeres que alimenta tu alma,
Y en grotescas canciones de borracho,
Sordo á tus ruegos, por Cupido clamas.

Ignoras que el Amor vela el encanto
De la fresca mejilla sonrosada
De la dulce mujer de Chio amena
Que en cítara sonora ufana canta?

Ignoras que el Amor pasa insensible
Sobre la árida encina? . . . Y tu le espantas
Con tu diente cetrino ya careado,
La tez rugosa y la cabeza cana?

No han de tornarte la ilusión perdida
Ni púrpura de Cos ni piedras diáfanas,
De nuestra historia aquellas dulces horas
Fugaz el tiempo las llevó lejanas!

Dónde Venus huyó?.. Ah, qué se hicieron
Aquel suave color y la arrogancia
De tu púdico andar? Ah, qué te queda
De aquella Lícea que colmó mis ansias?

De aquella Lícea para amar nacida,
Por qué amor toda entera respiraba,
De aquella Lícea de tan noble encanto
Que á mi también me subyugó tirana?.

Tú tornaste feliz la vida mía
Cuando la muerte me robó á Cinára,
Inflexible el Destino quiso darle
Muy breves años de existencia plácida!

* * *

Mas ha de darte á tí — befa de jóvenes! —
La cruel vejez de la corneja, oh Lícea,
Que alcanza á ver su nido, otrora alegre,
Reducido á un puñado de cenizas!

DE ANTAÑO

Contra el lujo de su tiempo

Jam pauca aratro jugera

Para el arado ya lugar no dejan
De los palacios las suntuosas moles;
La vista encuentra por do quier estanques
Más que el lago Lucrino dilatados,
En vez del olmo do la vid se enlaza
Ahõra estéril plátano se exhibe.
Mirad allí violetas
Y mirto y las riquezas del olfato
Exhalando su aroma delectoso
Allí do el olivar, otrora fértil,
Al antiguo colono enriquecía.
Y más acá mirad la fronda espesa
De los laureles, para abrigo puestos
De los rayos solares inclementes!...
Oh nó, que esos no han sido
Los preceptos de Rómulo severos
Ni los auspicios de Catón intonso
Ni de nuestros abuelos las costumbres!

Que entonces eran escasos
Los bienes de familia
Más era grande la fortuna pública!
Entonces, ningún pórtico
Fabricado según la usual medida
De los *diez pies* la vanidad alzaba,
Para gozar del fresco y de la sombra!
Prohibían las leyes
Hollar el césped, que do quier nacía,
Y mandaban que á espensas del erario
Se erijiese los templos y ciudades
Sin más ornato que la tosca piedra
Extraída recién de la cantera!

OFRENDA

●
A Phidila*Gælo supinas si tulerit manus*

Oh rústica Phidila, si levantas
Las manos suplicantes hacia el cielo
Allá do surge la esplendente luna,
O si aplacas los lares, ofreciendo
Primicias de tu fruto ó carne sacra,
Tu vid fecunda el pestilente aliento
No tocará del Africo implacable
Ni quemará tus mieses el invierno,
Ni el amado rebaño que apacientas
Sufrirá la inclemencia del mal tiempo'



La víctima, á los dioses consagrada,
Que en el Álgido pace melancólica
Entre encina y encina, ó crece rápida
Del monte Albano en la risueña alfombra,
Su tierno cuello ya doblar merece
Al hacha del pontífice afanosa!
No los corderos de dos años mates
En holocausto, si favor imploras,
A diminutos dioses cuyas sienes
Rosal marino y frágil mirto adornan.



Que ofrezcas en su honor pomposas victimas
Incienso crepitante ó pan sagrado,
No has de hacerte propicia á los Penates
Si al ara llegas con impura mano!

.

*DEPRECCIÓN**Á Vénus**Vixi puellis:*

Feliz para las jóvenes otrora
A sus tiernos deliquios fuí propicio,
No sin gloria salí de los combates,
De los dulces combates de Cupido!

Mas ya no tengo edad ni hago tal guerra!
Silenciosa mi lira, entristecido
Cuelgo junto á mis armas en el templo
De Vénus dado al inmortal prestigio.

El arco allí depongo y la palanca
Y la lúcida antorcha cuyo brillo
Fuera entonces el espanto de las casas
Que cerrara á mi afán amor esquivo.



Más, oh diosa inmortal, mi ruego escucha!
Tu que reinas en Cipria venturosa
Y en la cálida Memphis que la nieve
De los montes de Trácia no amontona,
Soberana alza el látigo potente
Y al fin á Chlóa la altanera azota!

SOBRIEDAD

Serenidad de la conciencia (1)

Odi profanum vulgus

A la turba profana yo detesto
Y lejos de ella me mantengo cauto,
Callad! Que en versos hasta aquí no oídos,
Sacerdote inspirado de las Musas,
Alzaré un canto á la doncella hermosa
Y al tierno adolescente! . . .

Los pueblos temen á sus propios reyes
Y los reyes á Jove soberano
Vencedor de gigantes
Ante quien se estremece el orbe entero
Si solo el ceño frunce!
Lo mismo enfile aquel en ancho surco
Sus numerosas vides;
O aquel otro de estirpe mas preciada,
De Marte al Campo baje, demandando
Sufragios que alguien de mejor renombre
Disputarále ansioso;

(1) Esta Oda carece de título. Es la I del Lib. III.

Lo mismo que se ostente una' ámplia turba
De numerosos clientes,
Del destino las leyes son iguales
Para grandes y humildes,
Y en la urna inmensa, do se encierran todos,
El nombre de cada uno allí se agita!...

Cuando sobre cerviz impía cuelga
Desnuda espada, los manjares sículos
Su sabor esquisito ya no prestan,
Ni el canto melodioso de las aves
Ni sonora cítara
El dulce sueño manan!
Ese sueño que duerme el campesino,
Ese sueño que habita las cabañas,
Ese que flota en la ribera umbría
Y en los valles do juega el blando céfiro!...

Por eso el que ambicione lo preciso
Ha de esquivar los procelosos mares
Y el impetuoso aliento
De la tormenta al declinar *Arcturo*
O la *Cabrilla* al asomar sus luces,
No temerá el granizo que inclemente
Los viñedos azota
Ni ha de angustiarse si defrauda el surco
Risueñas esperanzas;
Ni culpará á sus campos si las aguas
Sus plantíos inundan,
O si queman sus tierras

Los soles implacables del verano
O las escarchas del invierno impío!

Ya siente el pez que se le estrecha el piélago
Con tanta casa en la ribera alzada!
Diligente empresario y sus obreros
En monton acumulan materiales
Por órden de un señor á quien no basta
El suelo firme de la tierra toda,
Más á quien la conciencia y el espanto
Do quier persiguen sin piedad ni trégua!
Es que la pena roedora agarra
En el acero del veloz trireme,
Y va siempre á la grupa
Del ginete que le huye pavoroso!

Si los mármoles fúlgidos de Frigia,
Y el uso de la púrpura, luciénte
Mas que los astros mismos,
Si el vino deleitoso de Falerno
Y los blandos perfumes de Acaménes
No logran acallar la amarga pena,
A que habría de alzar suntuosos pórticos
Según el fausto del moderno estilo
Que dieran márgen á la ingrata envidia,
Ni trocar por riquezas afanosas
Mi pacífico valle de Sabina?...

INVECTIVAS

Á un poeta calumniador

Quid immerentes hospites vexas?...

Porque vejas injusto á un pobre huésped,
Cobarde can entre los lobos bravos?
Porqué, si es que lo puedes, no derramas
Tu negra bilis sobre mí inhumano?

Es que yo te hundiría el incisivo!
Es que yo cual mastín soy de esos párdos
Que en el Epiro viven ó en Laconia
Amigos fieles del pastor amado!

Así cual ellos en la nívea altura
Van con la oreja enhiesta vigilando,
Así persigo con igual destreza
A cualquier bestia que me cierre el paso.

La selva inunda tu espantosa grita
—Porque tú puro grito eres al cabo—
Pues te arrojan un hueso y tú, tranquilo,
Avariento, te agachas á olfatearlo.

Guarda, guarda, que siempre formidable
Con la estirpe infeliz fuí de los malos,

Para ellos tengo cual bravío toro
El cuerno agudo sin cesar alzado.

Tu conoces la historia de aquel yerno
Tan cruelmente engañado por Licambio;
Tú conoces también la cruda befa
Que el valiente Hipponax hizo á Bupaló.

O acaso creés que si su inmundo diente
Insolente clavárame un malvado,
A llorar me lanzára como un niño
Dejando impune tan sangriento escarnio?...

MALDICIÓN

A un árbol que casi aprieta
á Horacio

Ille nefasto te posuit die

En un día nefasto te plantára
Árbol maldito, quien aquí te puso,
Para ruina de nuestra descendencia
Y de esta aldea para oprobio injusto!

Quien te trajo—lo creo—habría roto
Impío el cráneo de sus propios padres,
O de noche, en su hogar, vertido hubiera
Traidor de un huésped la inocente sangre!

Quien en mis campos te pusiera, habría
Propinado de Cólquida el veneno,
Pues te desgajas, desgraciado tronco,
Sobre las sienes de tu propio dueño!

Oh! no se cuida lo bastante el hombre
Del peligro fatal, cuando lo puede,
Así al nauta fenicio espanta el Bósforo
Más nunca al Hado en otra parte teme!

Pavor infunden al soldado nuestro
Las saetas del Parto envenenadas
Y su fuga traidora en la pelea;
Y el Parto teme la pujanza itálica

Y las cadenas que el Romano ciñe!...
Y en tanto de improviso la cruel Parca
Arrebata do quier á los mortales
Y ha de seguir arrebatando impávida!



Ah! cuán próximo estuve del imperio
Do tenebrosa Proserpina reina,
Y Eaco el alto juez, y de los sitios
Que la justicia á la piedad reserva!

Y de Safo que llora en lira eólica
Por las doncellas de su propio pueblo,
Y de tí Alceo, que con plectro de oro
Guerras cantas, naufragios y destierros!

En augusto silencio oyen las sombras
—Del doliente cantar silencio digno—
De entrambos dos las melodiosas cuitas,
Pero olvidan á Safo cuando el himno

Sonoroso de Alceo se levanta
Y en torno dél con avidez se apiñan

Si recuerda batallas ó celebrá
De algun tirano la feliz caída.

Y porqué sorprenderse? Hasta Cerbero
Sus negras fauces con pavor inclina,
Y las crines serpeadas de las Furias
Ante esos cantos con fruición se ajitan!

En ellos hallan Prometeo y Tántalo
Dulce consuelo á su existencia ingrata,
Orion olvida su labor eterna
Y entónces lincea ni liones caza!

SÚPLICA

Á mi lira

Pescimur. Si quid vacui

(Me lo piden) Oh bondadosa lira
Que en el suave frescor de grata sombra
En los días tranquilos de mis ocios
Con tu dueño jugaste cariñosa,
Dáme el himno patriótico inspirado
Y haz mi nombre inmortal, lira sonora!

Cual el de ese animoso ciudadano
De Lesbos, tan temido en la refriega,
Que también modulaba tiernos cantos
En el fragor de la feroz pelea,
O cuando al húmedo ribazo ataba
La nao vencida en la fatal tormenta,

A las Musas y á Baco celebraba
Y á Vénus la gentil y al almo niño
Que eternamente á la radiante diosa
Las huellas sigue de su amor cautivo,
Y al de negra, luciente cabellera
Y más negra pupila, al dulce Licio!

Tú que en las fiestas del súpremo Jove,
Gloria de Febo, resonante lira,
Fuiste tan grata y generosa siempre,
Dulce consuelo para mí destila
Si según el ritual yo te invocare
En la honda angustia de mis tristes días!

EXHORTACIÓN

Á mis amigos

Angustam, amici, pauperlem pati

Fortalecido en la experiencia ruda
 De la vida azarosa del soldado,
 Aprenda el jóven á sufrir, oh amigos,
 De una estrecha pobreza los afanes,
 E intrépido ginete, con su lanza
 Implacable persiga al Parto altivo!
 Que se pase su vida á la intemperie
 Y á las alarmas habitúe el ánimo.
 Que á su vista, del déspota la esposa,
 A quien hacen los nuestros cruda guerra,
 Y la vírgen adulta,
 Suspiren con acento plañidero
 Desde el muro enemigo:
 —«Ah! no incite mi real esposo, rudo
 «En el arte difícil de la guerra,
 «Al león romano de terrible encuentro
 «Y de ardor sanguinario en la matanza!»

Oh cuán dulce y glorioso
 Es morir por la patria! Que la Muerte
 También tenaz al desertor persigue,
 Y no escatima la cobarde espalda

Ni la corva del jóven puñilánime!
Que el valor militar, virtud excelsa,
Nunca á torpe desdén estuvo expuesto
Y luce eterno con fulgor sin mácula!
Tal virtud, ni protege ni doblega
Al vaivén de las auras populares,
Del majistrado la segur augusta.
Ella el cielo depara
A quien muriendo no morir merece,
Y por ignota senda
Su ruta traza, desdeñando altiva
La turbamulta y el terrestre fango
De los que huye con sus raudas alas!...
Un discreto callar también obtiene
Segura recompensa, y yo prohibo
Al que hubiere de Céres revelado
Los sagrados misterios,
Que conmigo se lance
En barquichuelo frágil, ó conmigo
Bajo un mismo tirante se coloque.
Ya sé que Jove airado muchas veces
Junta un perverso á un bueno,
Pero siempre el Castigo—que anda cojo—
Alcanza al fin al criminal osado
Que le lleva veloz la delantera!

INTIMA

A Mecenas enfermo

Cur me querelis exanimas tuis?

Porque me apenas con tus tristes quejas?
Acaso ha de ser grato á las deidades
Que tú, la fuente de mis grandes glorias,
Antes que yo este mundo abandonares?

Mas si el Hado arrancára prematuro
Al alma mía la mitad del alma,
Para qué en este valle quedaría
Deshecha la otra y al dolor atada?

*
* *
*

Es la que menos amo! Yo no quiero .
A medias subsistir;
El día en que te vayas, dulce amigo,
Conmigo te has de ir!

Y no es vana promesa la que hoi juro!
Del uno el otro pos
Irémos siempre—que tu eterno viaje
Será para los dos!



Ni el ígneo aliento de la cruel Quimera,
Ni aquel gigante centimáno Gias
Pudieran dividirnos un instantel
Que lo quieren así Parca y Justicia!

Si á los auspicios de *Escorpión y Libra*
O del tirano de la mar Hespérica—
Capricornio fatal—nuestras dos almas
Vinieron á este mundo, es grata seña!

Admirable armoniza nuestro horóscopo!
Por eso cuando Jove te amparara
Del influjo maligno de Saturno,
De la Muerte paró las negras alas.

Y á mí, cuando en los ámbitos del teatro
Vibró tres veces el rumor alegre
Del popular aplauso, árbol maldito
Desgajado de súbito, inclemente,

Aplastado me hubiera, si el buen Fauno,
Guardian de los amados de Mercurio,
Con su mano potente no parara
De aquel pesado tronco el golpe rudo!



Acuérdate de dar á las deidades
Las víctimas y el templo que ofreciste,
Que en cuanto á mí, consagraré ferviente
Por tu salud un corderillo humilde!

INDICE

	<u>Páj.</u>
<i>Advertencia</i>	5
HORACIO— <i>Sus Odas</i>	11
A LALAGE— <i>Nondum subacta</i>	67
A LYDIA— <i>Cum tu, Lydia,</i>	69
A LEUCONOE— <i>Tu ne quæsieris</i>	71
A LIGURINO— <i>O crudelis.</i>	72
A FAUNO— <i>Faune, Nympharum</i>	73
A CHLOE— <i>Vitas hinnuleo</i>	77
A MI ESCLAVO— <i>Persicos odi</i>	76
A DÉLIO— <i>Æquam memento</i>	77
A GLICERA— <i>Mater sæva</i>	79
A MECENAS— <i>Vile potabis</i>	81
A PÓSTUMO— <i>Eheu! fugaces</i>	83
A LA FUENTE DE BANDUSIA— <i>O Fons.</i>	85
A SEXTO— <i>Solvitur acris</i>;	87

A VENUS—O Venus regina	90
LA VIDA CAMPESTRE—Beatus ille.....	91
A MELPÓMENE—Exegi monumentum..	96
A LYDIA—Donec gratus....	98
A QUINTILIO VARO—Nullam, Vare,..	100
A LA REPÚBLICA—O Navis	102
A CHLÓRIS - Uxor pauperis.....	104
A LA FORTUNA--O diva.....	106
A DIANA—Montium custos.....	110
A ALBIO TIBULO—Albi, ne doleas...	111
A TORCUATO—Diffugere nives.....	113
A TÍNDARIS—Velox ancœnum.....	116
A MECENAS—Non usitata.....	119
A NEÓBULE—Miserarum est.....	122
A LOS ROMANOS—Delicta majorum...	124
A LYDIA—Parcius junctas.....	130
A MI ÁNFORA—O nata mecum.....	132
A DIANA Y APOLO—Dianam tenerœ..	134
A CRISPO SALUSTIO—Nullus argento..	135
A LYDIA—Lydia, dic,.....	137
PALINODIA—O matre pulchrâ	139
A ARISTIO FUSCO—Integer vitœ.....	142
A JANTÍAS EL FÓCEO—Ne sit ancillœ.	144
A BACO—Quo me, Bacche,...	146

A LICINIO—Rectius vives.,.....	148
A PIRRA—Quis multa gracilis.....	150
POR ELIO LÁMIA—Mysis amicus.....	152
A TALIARCO—Vides ut alta.....	153
A LÍCEA—Audivere, Lyce.....	156
CONTRA EL LUJO—Jam pauca.....	158
A PHIDILA—Cœlo supinas.....	160
A VENUS—Vixi puellis.....	162
SOBRIEDAD—Odi profanum vulgus...	164
A UN POETA CALUMNIADOR — Quid inmerentes.....	167
A UN ÁRBOL—Ille nefasto te.....	169
A MI LIRA—Poscimur. Si quid.....	172
A MIS AMIGOS—Angustam, amici.....	174
A MECENAS ENFERMO—Cur me que- relis.....	176

252

Edición de la «TRIBUNA»

726

